

EN EL PUÑO DE LA ESPADA.



(4)

# EN EL PUÑO DE LA ESPADA.

DRAMA TRÁGICO

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

POR

**JOSÉ ECHEGARAY.**

Representado por primera vez en el Teatro de APOLO el día 12  
de Octubre de 1875.

---

SEGUNDA EDICION.

---

MADRID.

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ.— CALVARIO, 18.  
1875.

PERSONAJES.

ACTORES.

DON RODRIGO, MARQUÉS DE MONCADA.....	SR. PARREÑO.
DOÑA VIOLANTE, su esposa.....	SRA. LAMADRID.
DON FERNANDO DE MONCADA.	SR. VICO (D. Antonio).
DOÑA LAURA DE MEJÍA, pupila de los marqueses.....	SRA. ALVAREZ DE HERNANDO.
DON JUAN DE ALBORNOZ, con- de de Orgaz.....	SR. VICO (D. Manuel).
BRÍGIDA, dueña.....	SRA. RAMOS.
NUÑO, escudero.....	SR. ALISEDO.
RAMIRO, paje.....	SR. MAZA.
GARCÉS, criado: estos cuatro de la casa de Moncada.....	SR. CASTRO.
MENDO, servidor de D. Juan.....	SR. TORRES.
ORDOÑO, id.....	SR. BENAVIDES.
CRIADOS, etc.	

Época del Emperador Cárlos V.

Los dos primeros actos en Madrid: el último en el castillo  
de Orgaz.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Galería Lírico-Dramática, titulada El Teatro, de DON ALONSO GULLON, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

---

## ACTO PRIMERO.

---

La escena representa un salon de la casa de Moncada: en el fondo una gran puerta; á la derecha del espectador dos; á la izquierda una ventana; próxima á ésta una mesa y un sillón; otros dos sillones á la derecha; entre las dos puertas un trofeo con espadas, puñales, hachas, etc. Es de día.

### ESCENA PRIMERA.

BRÍGIDA, NUÑO.

Nuño limpiando un puñal de hoja muy ancha.

NUÑO. (Ap. y mirando por la ventana.)  
(Allí está siempre: su embozo  
en vano sube á la cara;  
que hoy como ayer le adivino  
bajo el pliegue de la capa.  
¿Quién será? ¿Por qué se obstina  
en observar esta casa?  
¡Vive Dios, que la paciencia  
á mí pesar se me acaba!)

BRÍGIDA. Pienso que pronto de misa  
los marqueses de Moncada  
volverán. ¿Concluyes, Nuño?  
Mucho limpiar esa daga

- te cuesta, y harto te esmeras.
- NUÑO. ¡Tan limpia quiero dejarla,  
que espejo del mismo sol  
pueda ser, si el sol la baña!
- BRIGIDA. Muy buenos son tus deseos;  
pero yo siempre manchada  
y enmohecida la he visto.
- NUÑO. Estas son antiguas manchas  
de sangre que yo respeto.
- BRIGIDA. Será así: no digo nada;  
pero si el tiempo que pierdes  
pensativo en contemplarla,  
en dar luces y en dar brillo  
al ancho acero empleáras,  
hirieran más sus reflejos  
que su punta toledana.
- NUÑO. ¡Ay, Brígida, mil memorias,  
que nunca el olvido arrastra,  
al contemplar este hierro  
una y otra vez me asaltan.
- BRIGIDA. ¡Veinte y dos años pasaron!
- NUÑO. Cosas hay que nunca pasan.  
¡Qué noche aquella, qué noche!  
¡De Orgaz las viejas murallas  
pienso que aún hoy mismo rojas,  
sangre de imperiales manan!  
Allá en Toledo, encerrándose  
la de Padilla, levanta,  
con sus bravos comuneros,  
el pendon de la venganza;  
y en Orgaz mi buen señor,  
el conde de Villafranca,  
repite el eco de guerra  
de la noble doña Juana.  
Viejos son los torreones;  
brechas hay en las murallas;  
son escasos los pertrechos,  
y es la gente bien escasa:  
¿qué importa? si hay corazon,  
sobran piedras y bombardas.
- BRIGIDA. Conozco la historia, Nuño:  
siempre que esas viejas armas

te ordena el marqués limpiar  
has de volver á contarla;  
y se limpian por lo ménos  
dos veces á la semana.

Hace un año que á Madrid,  
con Laura, desde Granada,  
al quedar la pobre huérfana,  
vine y entré en esta casa;  
con que dése á discurrir  
el buen Nuño de Peralta  
si conoceré la historia  
del asalto y la matanza  
de Orgaz por los imperiales.

NUÑO. Bruno. (Con mal humor.)

BRIGIDA. ¡Me parece!...

NUÑO. Basta  
de relatos.

BRIGIDA. No te ofendas.

NUÑO. Puesto que canso...

BRIGIDA. No cansas.

Y relacion tan curiosa  
oyera de buena gana  
una vez más; pero siempre  
empiezas y nunca acabas.

NUÑO. Cuento de ella lo que sé.

BRIGIDA. Vamos... sigue... (Acercándose á Nuño.)  
(Pausa.)

NUÑO. La del alba

no era ni con mucho, cuando  
«¡el condestable! ¡á las armas!»  
gritaron con roncadas voces  
en todas las atalayas.  
¡Y el asalto comenzó!...  
y ¡qué asalto, Virgen santa!  
Ellos, ¡qué subir al muro  
por las flexibles escalas!  
y nosotros, ¡qué matar,  
cuando á la almena llegaban!  
¡Qué gente abajo tan terca!  
¡qué gente arriba tan brava!  
Tres horas duró la lucha:  
cayó muerto Villafranca,

diciéndome al espirar:  
«¡salva á Violante, Peralta!»  
y arrancando á la doncella,  
que frenética estrechaba  
á su padre entre los brazos,  
de aquel lugar de matanza,  
por patios y corredores,  
paso abriendo con mi espada,  
á oscuro salon llegué:  
detuve un punto mi planta;  
sequé mi frente sangrienta,  
y en el fondo de la estancia  
dejando á doña Violante  
respiré más á mis anchas.  
Mas poco duró el descanso...  
esta escena no se aparta  
de mi mente ni un momento,  
y su memoria me abraza.

BRIGIDA. Sigue... sigue...  
NUÑO. De repente,

cual del infierno evocada,  
en la puerta del salon  
surgió una figura extraña.  
¡Un mancebo... digo mal...  
casi un niño!... Roja espada  
la diestra empuña: una tea  
la izquierda en alto levanta,  
y sobre su frente flota  
la ondulenta y negra llama.

(Nuño se detiene pensativo: se aleja de Brígida:  
se aproxima á la ventana y mira por ella con afán.  
Brígida le sigue. Pausa.)

BRIGIDA. Y ¿qué más?...  
NUÑO. Siempre le veo...  
¡qué noche!

BRIGIDA. Pero ¿no acabas?

NUÑO. ¡Otra vez ese hombre allí!...

BRIGIDA. Pero ¿quién?

NUÑO. ¿No ves su cara?

BRIGIDA. ¡Juan de Albornoz! (Asomándose.)

NUÑO. ¿Le conoces?

Responde.

(Brígida vuelve al centro del escenario: Nuño la sigue.)

BRIGIDA. Tu cuento acaba.

NUÑO. ¡Brígida!...

BRIGIDA. Primero tú.

NUÑO. Ya acabé: nada me falta.

BRIGIDA. Y yo también, pues te dije  
que Juan de Albornoz se llama.

NUÑO. ¡Cargue el diablo con la dueña!

BRIGIDA. ¡Váyase muy noramala  
el escudero insolente!

NUÑO. Paz tengamos.

BRIGIDA. Vaya en gracia:  
pero concluye.

NUÑO. ¿Y después?

BRIGIDA. Pregunta cuanto te plazca.

NUÑO. Bueno... bueno... si te empeñas...  
mas pronto la historia acaba.

Quedamos en que el mancebo  
de una sola cuchillada

partió mi frente, y que á tierra  
sin decir ni «¡Dios me valga!»

vine de un golpe... (Pequeña pausa.) Miró  
hacia el fondo de la estancia...

la tea apagó en el muro...  
después sombras... después nada...

Perdí el sentido. Más tarde  
dicen que se halló esta daga  
junto á Violante, que herida

en el pecho y desmayada,  
era escultura yacente  
al pie de rota ventana.

BRIGIDA. ¿Y después?

NUÑO. ¡Viven los cielos  
que esta dueña no se sacia!...

BRIGIDA. Hasta que no llego al fin.

NUÑO. Por muerta ya la contaban;  
pero se empeñó el marqués  
en que fuese de Moncada  
marquesa...

BRIGIDA. Y qué?

NUÑO. Los casaron.

Violante casi espiraba;  
pero al olor de la boda  
resucitó. Cosa extraña:  
lo que á un hombre da la muerte,  
en las hembras es probada  
medicina de salud:  
¡resucitan si las casan!  
Aun no pasados seis días  
del asalto y la matanza,  
y tres de la ceremonia  
nupcial, ya Violante entraba  
con nueva vida en la vida,  
y á los veinte ya apoyada  
lánguidamente en su esposo,  
por las alamedas anchas  
de las márgenes del rio,  
hermosa aunque triste y pálida,  
iba al declinar la tarde  
la marquesa de Moncada.

BRIGIDA. Y ¿qué más?

NUÑO. ¡Vete al infierno!

Son felices: se idolatran:  
tienen un hijo, Fernando;  
una pupila, que es Laura;  
un servidor, que es modelo  
de paciencia y de cachaza,  
y una dueña quintañona,  
de Lucifer viva estampa.

BRIGIDA. ¡Ay Nuño, qué mal me quieres!

¡ay Nuño, qué mal me tratas!

NUÑO. ¿Quién es don Juan de Albornoz?

BRIGIDA. ¡Un señor de alta prosapia!

¡Del emperador amigo!

NUÑO. ¿Le conociste?...

BRIGIDA. En Granada

requirió de amores...

NUÑO. Ya...

BRIGIDA. Quiso dar su nombre á Laura.

NUÑO. ¿Y ella?

BRIGIDA. Al principio... pues no...

no le puso mala cara;  
mas conoció á don Fernando,

- NUÑO. y el de Albornoz... santas pascuas.  
Ahora comprendo... cabal:  
por eso ronda la casa.  
No sé dónde... pero en fin,  
yo he visto ántes esa cara.
- BRIGIDA. (Mirando hácia dentro.)  
Vete, que Laura se acerca.
- NUÑO. ¡Esta memoria es tan flaca!  
(Nuño deja el puñal entre las armas del trofeo y sale.)

## ESCENA II.

BRÍGIDA y LAURA.

Ésta última sale por la derecha, primer término.

LAURA. ¿No ha vuelto Fernando?

BRIGIDA. No.

Dicen que con mucho afán  
á probar un alazan  
fué á la vega.

LAURA. Le ví yo.

BRIGIDA. ¿Al marchar le visteis?

LAURA. Sí.

Aún no despuntaba el dia:  
yo, Brígida, no dormía:  
en él pensaba... y le oí.  
Del lecho al punto salté;  
cubrí mis hombros ufana;  
abrí ansiosa la ventana,  
y á la reja me asomé.  
Negros estaban los cielos,  
y la noche silenciosa:  
una ráfaga ardorosa  
de viento enredó mis velos  
en las ramas del rosal  
que entre mis rejas dormía...  
y al potro piafar se oía  
en las piedras del portal.  
Nuño el caballo sacó;  
ví despues á mi Fernando;  
la crin flotante agarrando,

de un salto al potro subió.  
Grité «¡adios!...» y «¡adios, mi vida!»  
gritó mirando á la reja;  
despues por una calleja  
salió á carrera tendida.  
Otra vez «¡adios, bien mio!»  
exclamé avanzando ansiosa:  
mi rostro azotó una rosa  
y me bañó de rocío.  
Él entre sombras huyó:  
yo tras la reja quedé;  
mi mano al rostro llevé,  
y trazas en él halló  
de reciente y triste lloro.  
¡Cómo no, si se alejaba  
mi Fernando? Mas ¡lloraba?  
Es lo cierto que aún ignoro  
si aquel llanto matinal  
que mis mejillas sintieron,  
amargas lágrimas fueron  
ó perlas de mi rosal.  
Mas lágrimas eran, sí,  
que las probó el labio mio,  
y no es amargo el rocío,  
y amargo gusto sentí.  
¿Por qué entre sombras se fué?  
¿Por qué estaba negro el cielo?  
¿Por qué se rasgó mi velo?  
¿Por qué, Dios mio, lloré?

BRIGIDA. En Madrid, como en Granada,  
por la causa más sencilla,  
baña el llanto la mejilla  
de una niña enamorada.

LAURA. Brígida, tienes razon:  
mas ¡qué amanecer tan triste!  
si de luto el cielo viste,  
¿qué ha de hacer el corazon?

BRIGIDA. Miétras vuestra mente terca  
desdichas está soñando,  
tal vez para don Fernando  
una desdicha se acerca.

LAURA. ¿Será posible?

- BRIGIDA. Llegad  
de esa ventana al dintel.  
(Se acercan Brígida y Laura á la ventana, y la dueña le obliga á que mire á la calle.)  
Bajo el arco botarel  
del viejo muro, observad  
cómo se detiene y mira  
embozado un caballero  
con pluma negra al sombrero. (Pausa.)  
Lentamente se retira;  
mas ya volverá veloz.
- LAURA. ¿Allí dices?
- BRIGIDA. ¿No le veis?
- LAURA. ¿Quién es?
- BRIGIDA. ¿No le conocéis?  
Se acerca...
- LAURA. ¡Juan de Albornoz!  
Ese hombre ¿qué busca aquí?
- BRIGIDA. Vuestra mano ha pretendido...
- LAURA. Que no, cien veces ha oído.
- BRIGIDA. Pues vendrá buscando un sí.
- LAURA. Me ofende su terquedad.
- BRIGIDA. Vuestro padre lo deseaba.
- LAURA. (Señalando hácia la ventana.)  
Comprendió que no le amaba,  
y tuvo de mí piedad.
- BRIGIDA. Es poderoso señor  
y favorito del rey.
- LAURA. No hay para el alma otra ley  
sberana que el amor.

### ESCENA III.

LAURA, BRÍGIDA, FERNANDO, por el fondo.

- FERN. ¡Laura!...
- LAURA. ¡Fernando!  
(Se acercan uno á otro con amoroso afán.)
- BRIGIDA. La misa  
pronto acaba, y la marquesa  
y el marqués... vendrán...
- FERN. Bien, cesa...

aguarda fuera y avisa.  
(Sale Brígida por el fondo.)

## ESCENA IV.

LAURA, FERNANDO.

LAURA. ¿Por qué no fijas en mí  
tu vista como otras veces?  
¿No me escuchas?... ¡No mereces  
el amor que puse en tí! (Pausa.)  
Como el despuntar del día  
fué nebuloso y fué triste,  
tal vez su influjo sentiste.  
Quizá su tinta sombría,  
en que toda luz se anega,  
las nieblas en tí dejaron,  
cuando tu rostro azotaron  
al galopar por la vega.  
Mas al venir la mañana  
rasgó el sol los negros velos,  
tiñendo los anchos cielos  
de oro, de azul y de grana;  
que del astro peregrino  
todo cede al resplandor;  
y en el cielo de tu amor,  
cuando empaña algún mezquino  
pensamiento su cristal,  
voy con angustia observando  
que no hay otro sol, Fernando,  
que tenga virtud igual.

FERN. Mucho ántes de amanecer,  
en una abierta ventana  
ví yo toda una mañana,  
¡todo un sol! aparecer.  
Y como aún su luz sentía  
al galopar por la vega,  
á la alborada que llega  
así orgulloso decía:  
«¡no he menester tu arrebol,  
ni tus celajes de oriente,  
que traigo sobre mi frente

los reflejos de otro sol!  
¡Dá luz al celeste velo,  
pues necesita de tí,  
que amaneció para mí  
mucho ántes que para el cielo!»

(Cambiando de tono)

Mas al volver, vida mia,  
y al mirar á la ventana,  
en vez de aquella mañana,  
ví noche y noche sombría.  
Que el astro giró veloz,  
vino á alumbrar otra esfera,  
y ansioso su luz espera... (Con ironía.)

LAURA.

¿Quién?... ¿Di?...

FERN.

¡Don Juan de Albornoz!

LAURA.

¡Tú sabes!...

FERN.

Todo lo sé.

Le ví esta casa rondar:  
le hice al punto vigilar;  
á Granada pregunté,  
que de amores me dijeron  
en otro tiempo te habló...

LAURA.

Y ¿te dijeron que yo?...

FERN.

De tí nada me dijeron.

LAURA.

Entónces ¿por qué tu mente  
sin fundamento se exalta?

FERN.

Es que una duda me asalta,  
duda propia de un demente,  
duda implacable, cruel,  
que jamás nadie ha sentido...

Si yo no hubiese existido  
¿le hubieses amado á él?

LAURA.

Pero ¿eso es ya delirar!

FERN.

¡Deliro porque te adoro!

LAURA.

Y ¿por quién, ingrato, lloro?

FERN.

¿Nunca le empezaste á amar?

LAURA.

¡Y me pregunta el impío!

FERN.

Goza del rey el favor;  
noble, rico, gran señor...

LAURA.

Gran señor, pero no mio.

Tu Laura otro dueño acata;  
otro su obediencia obtiene,

FERN. y por tan suya la tiene  
que como á esclava la trata.  
¿Mi esclava, dices? ¡Cruel!  
Busca angustioso el aliento  
una ráfaga de viento  
porque se apaga sin él.  
Los ojos un luminar  
buscan en el cielo puro,  
que siempre en espacio oscuro  
pena tienen de cegar.  
Busca el oído afanoso,  
porque el silencio es su muerte,  
algún eco que despierte  
otro eco en él misterioso.  
Y yo te pregunto, Laura:  
¿esclava es la luz del día,  
es esclava la armonía,  
y es también esclava el aura,  
ó son los ojos que ciegan  
si la luz no resplandece,  
el oído que ensordece  
cuando sus notas le niegan  
melodiosos mensajeros,  
y el aliento que se apaga  
si el aire en torno no vaga,  
los esclavos verdaderos?

LAU RA. Y ¿qué fueran, vida mía,  
sin un ser que los amase  
y su vida les prestase,  
los aires y su armonía,  
de las auras el aliento,  
y aun ese sol que Dios mismo  
encendió sobre el abismo  
en el ancho firmamento?  
¿Qué fueran? Materia inerte  
en noche eterna aventada;  
un escarnio de la nada  
y un reflejo de la muerte.  
Pues esto será mi amor,  
si le hiere tu desvío:  
con que dí, Fernando mío,  
si hay esclavitud mayor.

## ESCENA V.

LAURA, FERNANDO, BRÍGIDA, ésta última por el fondo precipitadamente.

BRIGIDA. ¡Ya vienen!...

FERN. Y ¿qué me importa?

es forzoso terminar.

Palabras quiero excusar,  
que más treguas no soporta  
mi delirio.

(Arrodillándose ante Laura y apoderándose de una de sus manos.) ¡Te idolatro!

LAURA. ¡Fernando!... (Instando para que se levante.)

FERN. No.

BRIGIDA. ¡Por favor!...

(Asomándose á la puerta del fondo.)

¡Doña Violante!... ¡El señor!...

(Ap.) (Allá se entiendan los cuatro!)

(Sale Brígida huyendo por la derecha.)

## ESCENA VI.

DONA VIOLANTE, LAURA, FERNANDO, D. RODRIGO.

Doña Violante y D. Rodrigo se detienen en la puerta del fondo. Fernando siempre á los piés de Laura.

LAURA. ¡Ellos! (Á Fernando en voz baja.)

RODRIGO. (Á Doña Violante.) ¡Mira!...

LAURA. (Á D. Fernando como ántes.) ¡Nos han visto!

FERN. Mi esposa, Laura, serás. (En voz alta.)

LAURA. Calla, Fernando, no más.

VIOL. ¡Laura!...

(Laura corre al encuentro de Doña Violante y se abraza á ella avergonzada: Fernando se pone en pié; D. Rodrigo avanza lentamente.)

RODRIGO. Basta ¡Vive Cristo,  
que asombra su atrevimiento!

FERN. ¡Madre... señor... yo la amaba;  
eterno amor la juraba,

y reitero el juramento.

RODRIGO. ¡Que aquesto, Dios de piedad,  
en mi propia casa ocurra,  
y que él sea quien incurra  
en tamaña liviandad!

FERN. Señor...

RODRIGO. Silencio, insensato.  
Y tú, ¿de quién aprendiste, (Á Laura.)  
cuando á mi casa viniste,  
esa falta de recato?

LAURA. ¡Perdon!

VIOL. Basta ya, Rodrigo.

RODRIGO. Harto mi enojo modero:  
que es preciso ser severo  
con la juventud, te digo. (Á Violante.)

VIOL. Se amán.

RODRIGO. ¿Se aman?... Poco á poco..

FERN. Anhele hacerla mi esposa.

RODRIGO. Y ¿la harás tambien dichosa?  
Pero aun así, pobre loco,  
con nueva razon te arguyo:  
si el honor de esa mujer  
tu propio honor ha de ser,  
cúidalo como á honor tuyo;  
y tambien como á honor mio:  
las hembras de mi linaje  
ni al mismo sol vasallaje  
rinden; que el sol es sombrío  
sí al resplandor se compara  
de su virtud y pureza.

Levanta tú la cabeza: (Á Doña Violante.)

mira á tu madre á la cara. (Á Fernando.)

Si sombra de liviandad,  
siquiera en el pensamiento,  
tan sólo por un momento  
manchara la honestidad  
(atended y no os asombre)  
de hembra soltera ó casada  
de la casa de Moncada,  
ó que llevase este nombre,  
en sangre del corazon,  
esposo, padre ó hermano,

á ella misma con su mano  
ahogara la tentacion.  
Y áun os pudiera añadir  
que esta noble espada lleva,  
(Señalando la que tiene al costado.)  
dentro de su puño, prueba  
que bien pudiera servir  
á las hembras de memoria  
á la vez que de escarmiento.  
Pero no es de este momento  
el relato de la historia.

FERN. ¡Padre!...

(Acercándose á D. Rodrigo y hablándole en tono  
suplicante.)

RODRIGO. Tu esposa será:  
yo mi palabra te doy.

FERN. ¡Gracias!... (Con efusion.)

LAURA. ¡Dios mio!...

(Abrazando en un arranque de alegría á Doña  
Violante.)

RODRIGO. Mas hoy

él de esta casa saldrá;

(Señalando á Fernando y dirigiéndose á Doña  
Violante.)

que no es bien estén unidos,  
con tan inflamable pecho  
los dos, bajo el mismo techo,  
los esposos prometidos.

FERN. Padre...

RODRIGO. Cesa en tu porfía.

Idos ambos... Por allí...

(Señalando á la derecha.)

FERN. (Á D. Rodrigo.)

¿Ha de ser mi esposa?

RODRIGO. Sí.

LAURA. ¡Qué feliz soy, madre mia!

(Fernando estrecha las manos á su padre: Laura  
abraza á Doña Violante: Fernando y Laura se mi-  
ran con amor y salen por la derecha, pero por  
puertas distintas.)

ESCENA VII.

DOÑA VIOLANTE, D. RODRIGO.

VIOL. Eres por demas severo  
con nuestro...

RODRIGO. Dí.

VIOL. Con Fernando.

RODRIGO. ¡Violante!... ¡Ya estás llorando!

VIOL. No le quieres.

RODRIGO. Si le quiero.

Es noble su corazon,  
pero atropella por todo,  
y he de ver si encuentro modo  
de domar su condicion  
rebelde, terca y bravía.  
Si yo no fuese su padre,  
si no tuviese por madre  
la dulce Violante mia,  
la del alma tierna y pura,  
¡vive el cielo! que creyera  
que le engendró alguna fiera  
en horas de calentura.

VIOL. ¡Él!... ¡Fernando!... ¿qué dijiste?

¡Soy su madre!... ¡yo le adoro!

¡es mi dicha, mi tesoro!...

(Conteniéndose y cambiando de tono por un esfuerzo supremo.)

Soldado, aún niño, le hiciste  
robándole á mi cariño,

y hoy vemos con extrañeza,

tú su indómita fiereza,

yo siempre el alma del niño.

Que es fiera su condicion

me dices, y harto lo veo,

pero tal fué tu deseo

al formar su coraz

¡Sobre el cráter de un volcan

(Animándose por grados y hablando más para sí que para D. Rodrigo.)

pasa flotante neblina;

el negro abismo fulmina,  
cual encendido huracan,  
llamas que ciñen audaces  
la neblina trasparente,  
quemando su pura frente  
con sus caricias voraces!...  
¡Qué ser tan extraño luégo  
de allí raudo el viento arranca,  
mezcla de neblina blanca  
y de vapores de fuego!

RODRIGO. Bien tu intencion se adivina,  
á lo que yo voy pensando:  
el alma de tu Fernando  
es la flotante neblina,  
y ese fuego que la tierra  
extiende á su alrededor  
será la guerra.

VIOL. Señor...  
tú lo dijiste... la guerra!  
Y sin que yo más arguya,  
no la condicion bravía  
de la dulce prenda mia  
te enoje: no es culpa suya.

RODRIGO. Quiero á tu ruego ceder,  
que no es mi pecho de roble,  
y honrado ha de ser y noble  
quien de tí recibió el sér.

VIOL. Que en la virtud y el honor  
busque Fernando modelo  
en tí siempre, quiera el cielo.

RODRIGO. (Acercándose á ella con cariño.)  
¡Mi Violante!...

VIOL. (Lo mismo.) ¡Mi señor!

## ESCENA VIII.

DOÑA VIOLANTE, RODRIGO, GARCÉS.

GARCÉS. Un hidalgo que ha llegado,  
veros pretende, y espera:  
que su nombre me dijera,  
le supliqué, y se ha negado.

RODRIGO. Pero ¿es hidalgo?

GARCÉS. Si el porte  
prueba por sí la hidalguía,  
hidalgo de más valía  
no ha de encontrarse en la córte.

RODRIGO. No es justo hacer esperar  
á un hombre de tal valer.  
Haz á ese hidalgo saber  
que puede hasta aquí llegar.  
(Sale Garcés por el fondo.)

## ESCENA IX.

DOÑA VIOLANTE, RODRIGO, D. JUAN.

Éste último aparece en la puerta del fondo y en ella se detiene un momento.

VIOL. Adios, Rodrigo.  
(Se despide del marqués y llega hasta la puerta de la derecha.)

JUAN. (Desde el fondo.) Señora...

VIOL. (Ap.) ¡Esa voz!... ¿qué voz es esa!...  
(Doña Violante se detiene y se vuelve hácia Don Juan. Éste avanza hasta llegar á colocarse en primer término. Los actores en el orden siguiente: cerca de la puerta de la derecha, primer término, Violante; á la izquierda T. Juan; entre ambos D. Rodrigo.)

JUAN. Si por dicha á la marquesa  
estuviese hablando ahora,  
yo suplicarla osaría  
que este salon no dejara,  
y que benigna escuchara  
con el marqués la voz mia.

VIOL. (Ap.) ¡Ese acento... ese semblante!  
¡Qué recuerdos, ay de mí!

JUAN. ¿Atendeis mi ruego?

VIOL. Sí.

(Acercándose al centro hasta quedar junto á Don Rodrigo.)

JUAN. Pues que me encuentre delante

por mi estrella afortunada,  
y en uno son dos honores,  
de los muy nobles señores  
y marqueses de Moncada,  
prévio su consentimiento  
expondré mi pretension.

RODRIGO. Antes en aquel sillón  
tomad, buen hidalgo, asiento.

(Doña Violante y D. Rodrigo se sientan en los  
dos sillones de la derecha. D. Juan en el sillón  
de la izquierda. Pausa.)

JUAN. Del rey mi señor augusto,  
orden cumpliendo sagrada,  
tres años há que á Granada  
llegué. No fué por mi gusto,  
mas fué en hora venturosa  
que en sus cármenes floridos,  
asombro de los sentidos,  
ví la mujer más hermosa  
que forjó la fantasía.  
¡Era una hurí mahometana,  
era una vírgen cristiana,  
era Laura de Mejía!

VIOL.

JUAN.

Laura: y de tal suerte  
ha dominado mi sér  
el amor de esa mujer,  
que ella es mi vida ó mi muerte.  
Mi vida, si al fin rendida  
entre mis brazos la veo;  
mi muerte, si mi deseo  
no ve su dicha cumplida.  
Á Mejía la pedí,  
y á mi súplica accedió:  
pensé alcanzarla, mas no,  
que de nuevo la perdí.  
¿Cómo? Sus padres murieron;  
quedó Laura abandonada;  
los marqueses de Moncada  
sus nobles tutores fueron.  
Partió la niña llorosa;  
maldije la estrella mia...

y hoy á Laura de Mejía  
vengo á pedir por esposa.

VIOL. (Ap. y mirando fijamente á D. Juan )  
En los rasgos de esa faz  
y en los ecos de esa voz...

RODRIGO. ¿Y tú llamas?

JUAN. Juan de Albornoz,  
segundo conde de Orgaz.

VIOL. (Levantándose con impetu, retrocediendo hácia la  
derecha como si huyese de D. Juan, y ocultando  
el rostro entre las manos. Á pesar de las indica-  
ciones que preceden, la actriz interpretará este  
momento como crea oportuno.)

¿Orgaz ha dicho?... ¡Ese nombre!...

(En voz alta.)

JUAN. En verdad que no comprendo...

(Levantándose.)

VIOL. (¡Él es, sí!... ¡yo le estoy viendo!) (Ap.)

(D. Rodrigo se dirige hácia ella y procura tran-  
quilizarla.)

RODRIGO. Su turbacion no os asombre, (Á D. Juan.)  
que el título que llevais  
á su memoria presenta  
de cierta noche sangrienta  
la imagen.

JUAN. Si recordais  
que mi padre y mi señor,  
contra el comunero audaz,  
tomó por asalto á Orgaz  
por su rey y emperador,  
que comprendereis no dudo,  
sin asombro ni extrañeza,  
mi título de grandeza  
y el castillo de mi escudo.

RODRIGO. Cuando sepais que mi esposa  
en el castillo de Orgaz,  
vuelta al peligro la faz,  
aquella noche horrorosa  
morir á su padre vió,  
y que el húmero ensangrentado  
de un implacable soldado  
su propio pecho rasgó,

comprendereis, señor conde,  
por qué se aleja espantada  
la marquesa de Moncada,  
y por qué su rostro esconde.

JUAN. ¡Aquella noche fatal...  
ella estaba... estaba allí?  
¿Y vertió su sangre?...

(Con profunda emoción y señalando á la marquesa  
al decir «ella.»)

RODRIGO.

Sí.

(D. Juan da algunos pasos hácia Doña Violante:  
D. Rodrigo se dirige al trofeo y toma el puñal  
que limpiaba Nuño al comenzar el acto y que dejó  
en dicho trofeo al salir. D. Rodrigo con el puñal  
en la mano se acerca á D. Juan y se lo muestra.)  
Ved el hierro.

JUAN. (Ap.) ¡Mi puñal!

(D. Rodrigo vuelve á dejar el puñal en su sitio.  
D. Juan y Violante se miran desde léjos con ex-  
presión que los actores interpretarán como juzguen  
oportuno.)

VIOL. ¡Es él! (Ap.)

JUAN. (Ap.) ¡Cielo santo, es ella!  
¡Otra vez en mi camino!

VIOL. ¡Ay, por mi negro destino! (Ap.)

JUAN. ¡Ay, por mi fatal estrella! (Ap.)

RODRIGO. (Después de dejar el puñal en el trofeo vuelve á  
colocarse entre D. Juan y Violante.)

Erais muy niño sin duda  
cuando aquel puñal rasgaba  
de la mujer que yo amaba  
el seno, y esto os escuda.  
De ese crimen, noble conde,  
vuestra edad y condicion  
os absuelven en razon.

Mas si vuestra casa esconde,  
y esto pronto lo sabré,  
al autor de tal proeza,  
ó me entregais su cabeza,  
ó su cabeza tendré.

JUAN. Mal van ya mis esperanzas,  
y mal van mis alegrías,

si en vez de hallar simpatías,  
odios encuentro y venganzas.  
Acatando adversa ley  
pronto me vereis partir;  
mas ántes debo cumplir  
la voluntad de mi rey.  
De mi rey, que guarde Dios,  
este pliego he recibido: (Saca un pliego)  
y al entregarlo he cumplido  
mi mision, que es para vos.

(Lo entrega ceremoniosamente á D. Rodrigo.)

RODRIGO. Á cuanto en el pliego ordene  
el monarca soberano  
me someto de antemano.

JUAN. Ved lo que el pliego contiene.

RODRIGO. Quien es cual yo caballero  
al rey debe hacienda y vida:  
por mucho que el rey me pida  
suyo es todo.

JUAN. Así lo espero.

(D. Rodrigo abre el pliego y lee atentamente.  
Pausa.)

RODRIGO. En carta para mí honrosa, (Inclinándose.)  
que á doña Laura Mejía,  
ahijada y pupila mia,  
os conceda por esposa  
me ordena el emperador.

VIOL. (Tu palabra está empeñada.)

(Ap. á D. Rodrigo.)

JUAN. ¿Y contesta el de Moncada?

RODRIGO. Que es imposible, señor.

(Con extremada cortesía y con expresion de sentimiento.)

JUAN. De obediencia haciendo alarde  
os negais á obedecer.

RODRIGO. La obediencia no es deber (Con energia.)  
si llega el mandato tarde.

JUAN. Del rey en nombre lo exijo.

RODRIGO. Y yo en mi nombre lo niego.

(Movimiento de D. Juan.)

Ya cedí al amante ruego...

JUAN. ¿De quién?

RODRIGO. De quién?... De mi hijo!

JUAN. Pues es vuestro, bien podeis recogerle la promesa.

RODRIGO. ¿Sólo porque á vos os pesa?

JUAN. Porque al rey obedecéis.

RODRIGO. No hay obligacion que infame:

(Con creciente vigor.)

es, conde, siempre sagrada  
la palabra de un Moncada  
mientras hay quien la reclame;  
y no es justo, ¡vive Dios!  
que los míos me hallen ménos  
honrado que los ajenos:  
¡ni por el rey, ni por vos!

JUAN. Razon teneis: mas llamad  
á Fernando, que al fin es,  
como vuestro, leal: despues  
ese pliego le mostrad;  
y no dudeis que á su amor,  
poniendo el deber por dique,  
gustoso no sacrifique,  
ante una ley superior,  
juveniles fantasías.

RODRIGO. Es el consejo prudente.

VIOL. (Ap. á D. Rodrigo.)

(¡Vas á poner frente á frente,  
las amorosas porfias  
de ese insensato escuchando,  
al uno y otro rival!  
¿Olvidas la sin igual  
fiereza de mi Fernando?)

RODRIGO. (No temas, no ha de venir.) (Ap. á Violante.)

JUAN. ¿Qué resolveis?

RODRIGO. Este pliego  
mostrar á Fernando.

JUAN. ¿Y luégo?

RODRIGO. Á él le toca decidir.

Dignaos, conde, esperar,  
que muy pronto he de volver.

VIOL. Y yo entre tanto he de ser  
quien ocupe tu lugar;  
y mostrar al conde espero

que tu ausencia nada empece  
para honrar... como merece  
á un tan noble caballero.

(Sale D. Rodrigo inclinándose ante D. Juan.)

## ESCENA X.

DOÑA VIOLANTE, D. JUAN.

Violante, despues de seguir con la vista al marqués y de cerciorarse que ha salido, se acerca á D. Juan.

VIOL. En una noche funesta,  
tras un combate sangriento,  
de un incendiado castillo  
por los salones huyendo,  
iba una noble doncella,  
seguida de un escudero:  
detrás la muerte y las llamas  
y los vencedores ébrios.  
Á una estancia donde sólo  
los rayos puros y trémulos  
de la luna penetraban,  
llegaron ya sin aliento  
la congojada doncella  
y el bravo y fiel escudero.  
Despues... despues...

JUAN. Basta ya.

VIOL. Despues penetró un mancebo  
con una antorcha en la mano,  
humeante el desnudo acero...

JUAN. ¡No más!

VIOL. Escuchadme, conde,  
y recordad.

JUAN. Bien recuerdo!  
La estancia toda sombría...  
pintados vidrios el hueco  
llenaban de ancha ventana...  
al través de mil reflejos,  
de la luna suspendidos,  
entre dos hermosos cielos,  
el del espacio allá fuera,  
el de una mujer adentro...

- VIOL. ¡Perdon, señora, perdon!  
Así con lloroso acento  
gritó la mujer, y en vano;  
no quiso escucharla el cielo.
- JUAN. Vos lo habeis dicho, señora:  
estaba el vencedor ébrio:  
un rayo vió de hermosura  
rápido pasar huyendo,  
y el alma se le abrasó  
de aquel rayo con el fuego,  
más que con las llamaradas  
de los torreones soberbios.
- VIOL. ¡Orgaz, de infamia castillo!
- JUAN. ¡Orgaz, castillo funesto!  
¿Por qué la ví tan hermosa  
al resplandor del incendio!
- VIOL. Conde...
- JUAN. ¡No más, por favor!
- VIOL. Es, noble conde, que quiero  
hablaros de mi Fernando,  
y ántes evocar debemos,  
aunque en el alma nos hieran,  
los vuestros y mis recuerdos.  
La mujer pudo arrancar  
con desesperado esfuerzo  
aquel puñal que en el cinto  
(Señalando el puñal del trofeo.)  
llevaba el noble mancebo,  
y vengador de su honra  
clavólo en su propio seno.  
¿Y despues, conde?... ¿Y despues?  
¡que aquí la memoria pierdo!
- JUAN. La levanté entre mis brazos...
- VIOL. Es verdad... sí...
- JUAN. Marché ciego...  
llegamos á la ventana;  
rompí el cristal; dió de lleno  
sobre su rostro la luna:  
estaba pálido y yerto.  
Espantado la solté:  
cayó sobre el pavimento,  
y sin volver la cabeza

- de mí mismo salí huyendo.  
VIOL. Y allí quedó una mujer  
en sangre bañado el pecho:  
tinieblas en rededor,  
tinieblas en su cerebro,  
en la ventana un cristal  
roto, y allá desde el cielo  
un blanco rayo de luna,  
como fantástico engendro  
de la noche, acariciando  
con sus pálidos reflejos  
de la víctima la frente  
y el ensangrentado seno.
- JUAN. Y ¿cómo podré borrar  
mi crimen?
- VIOL. Sólo hay un medio  
de que olvide yo y perdone.
- JUAN. ¿Cuál es?
- VIOL. Arrancar del pecho  
la pasión que os avasalla:  
á Laura olvidar.
- JUAN. No puedo:  
pedirme la honra... la vida...  
¡qué me importan!... Todo, ménos  
el amor de esa mujer.
- VIOL. Yo lo exijo... yo lo quiero...  
¡Del hijo mio es la dicha!
- JUAN. Y ¿qué importa el hijo vuestro?
- VIOL. ¡Qué le importa!... (Conteniéndose.)
- JUAN. Perdonad;  
he dicho mal: me arrepiento:  
sois sagrada para mí,  
que fué mi crimen inmenso;  
mas no pidais lo imposible.
- VIOL. ¡Don Juan!...
- JUAN. ¡Violante, no puedo!
- VIOL. ¡Os suplico de rodillas! (Arrodillándose.)
- JUAN. Alzad, señora, os lo ruego.
- VIOL. Así os pedía en Orgaz!
- JUAN. ¡Me enloqueceis!
- VIOL. ¡Por el cielo!

## ESCENA XI.

DOÑA VIOLANTE, D. JUAN, FERNANDO.

Éste último precipitadamente por la derecha, segundo término.

FERN. ¡Al de Orgaz tú suplicando!...  
¡tú de rodillas!... ¡mi madre!  
¡Alza!... ¡se acerca mi padre!...  
Si él te viese así!...

VIOL. ¡Fernando!  
por tu dicha era...

FERN. Lo sé.

Mas ¿para qué suplicar  
cuando te basta mandar!

(Dirigiéndose á D. Juan con fiereza.)

JUAN. ¡Arrogante sois á fe!

FERN. (Á su madre.)

Pues tan venturoso ha sido  
que á sus plantas te ha mirado,  
has de mirarle postrado...  
¡No: por mi mano tendido  
á las tuyas!

VIOL. ¡Calla!

FERN. ¡Madre!

JUAN. ¿Y cómo?

FERN. Con esta espada.

JUAN. ¿Y quién lo dice?

FERN. Un Moncada.

VIOL. ¡Calla, insensato!... ¡Tu padre!

(Señalando á la puerta de la derecha, segundo término.)

## ESCENA XII.

DOÑA VIOLANTE, FERNANDO, D. JUAN, D. RODRIGO.

RODRIGO. ¿Sabeis, conde, que me exige  
la palabra que le dí?

JUAN. Pienso, Moncada, que sí.  
¿Y vos decís?...

RODRIGO. Lo que dije.

JUAN. Pues perdonad mi porfía;  
mas al partir os anuncia  
el de Orgaz, que no renuncia  
á doña Laura Mejía.

(D. Juan saluda y sale lentamente: al llegar á la puerta se vuelve y saluda de nuevo. D. Rodrigo le devuelve el saludo inclinándose: Fernando quiere seguirle, pero su madre le contiene.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

---

## ACTO SEGUNDO.

---

El teatro representa un salon de la casa de Moncada inmediato al jardin, con el cual comunica por una gran puerta situada en el fondo, y cuyos árboles se distinguen vagamente en la oscuridad de la noche. Á la derecha del espectador dos puertas; la de primer término conduce á las habitaciones de Laura; la de segundo término á las de los marqueses. Á la izquierda del espectador, y en segundo término, otra puerta mayor que las dos anteriores, y que se supone en comunicacion con el vestíbulo. La puerta del fondo estará abierta constantemente, y de vez en cuando se distinguirá el follaje con más claridad, como si lo hubiese iluminado la luna.

Contra el muro de la izquierda, y en primer término, un enorme banco-arcon de madera labrada, con brazos, alto respaldo y escudo en el centro; sobre él algunas armas y objetos para limpiarlas y bruñirlas, como arrojadas al azar: ademas dos bandas. Á la derecha, primer término, una mesa y sobre ella una lámpara encendida, objetos de labor, un libro y recado de escribir; dos sillones junto á dicha mesa; dos taburetes á la izquierda.

### ESCENA PRIMERA.

BRÍGIDA, observando por la puerta del fondo.

Nada se oye en el jardin:

es la noche muy oscura:  
oculta por la espesura  
de aquella alameda al fin,  
está la puerta por donde  
entre sombras ha salido:  
en buena nos ha metido  
ese condenado conde.  
Mucho tarda: el tiempo vuela:  
¡digo... si viene Moncada  
y averigua que tapada  
se fué por la callejuela,  
sin escudero y sin paje,  
sin litera y sin lacayo,  
así como de soslayo  
y por detrás del ramaje!...  
¡A cada una de las tres  
nos va á dividir en dos!  
¡Del conde librenos Dios...  
y primero del marqués!  
La pobre Laura aún ignora  
lo que al despuntar el día  
se prepara... ¡Virgen mia!  
mas lo supo la señora...  
Dicen todos á una voz,  
que mañana sin remedio  
se parten de medio á medio  
Fernando y el de Albornoz...  
No sé si es cierta la cosa,  
mas cuando oigo una noticia,  
sin que esto arguya malicia,  
y sí ciencia provechosa  
adquirida con la edad,  
á mi costa y á la ajena,  
digo: «mentira,» si es buena:  
si es mala, digo: «verdad!»  
Un ejemplo: cierto día  
dicen que se ha desprendido  
un paredon y ha cogido,  
á mi Lúcas: «¡Virgen mia!...»  
grito, y me gritan al punto  
que en el hueco que ha dejado  
un tesoro se ha encontrado.

¡Corro!... y estaban difunto  
y hueco, pero no el oro;  
y resulta en conclusion  
cierto lo del paredon,  
y falso lo del tesoro.

## ESCENA II.

DOÑA VIOLANTE, BRÍGIDA.

BRIGIDA. (Asomándose de nuevo á la puerta del jardin y escuchando atentamente.)  
¡Por vida de Barrabás!  
¡Si llega Moncada!... ¡Al fin!...  
¡Pasos oigo en el jardin!  
Es ella...

(Doña Violante aparece en la puerta del fondo, y se detiene apoyándose en el muro como rendida por la emocion y el cansancio.)

VIOL. ¡No puedo más!

(Brigida le quita el sombrero con presteza. Doña Violante se adelanta y contesta como distraida á las preguntas de la dueña.)

BRIGIDA. ¿Era cierto?

VIOL. Cierto á fé.

BRIGIDA. ¿Mañana se baten?

VIOL. No.

BRIGIDA. ¿Quién ha de impedirlo?

VIOL. Yo.

BRIGIDA. Pero ¿cómo?

VIOL. No lo sé.

BRIGIDA. ¿Fuisteis á su casa?

VIOL. Sí.

BRIGIDA. ¿Le visteis?

VIOL. No estaba ya.

BRIGIDA. Pero ¿vendrá?

VIOL. No vendrá.

BRIGIDA. ¿Y al de Albornoz?

VIOL. No le ví.

BRIGIDA. ¿Y ha de ser?...

VIOL. Cuando la aurora  
aparezca por oriente.

BRIGIDA. ¡Qué juventud, Dios clemente!  
¿Y dónde riñen?

VIOL. Se ignora.

BRIGIDA. ¿Es decir que no hay manera...

VIOL. ¿No ha de haberla, desdichada?  
Yo le arrancaré la espada  
de la mano cuando quiera.

BRIGIDA. ¿Tánto podeis!

VIOL. ¡Sí por Dios!

BRIGIDA. ¡Desarmar la mano impía!...  
pero ¿de quién?

VIOL. (Con enojo.) ¡Todavía!  
De cualquiera de los dos.  
Basta ya de preguntar.

BRIGIDA. Es natural interés.

VIOL. Pronto volverá el marqués...  
calla... déjame pensar.

(Doña Violante muestra gran agitación, y al fin, después de vacilar algunos instantes, se sienta á la mesa.)

¡Es preciso!... ¡valor!... ¡sí!  
¡perder no puedo un momento!...  
¡se me escapa el pensamiento!..

(Se prepara á escribir, pero ántes de empezar se vuelve hácia Brigida.)

Tú, no te muevas de allí.

(Señalando hácia la puerta de la izquierda.)

BRIGIDA. En su rostro lleva escrito  
el dolor... ¡pobre señora!

VIOL. Ántes que llegue la aurora,  
ver al conde necesito.  
Mañana fuera ya tarde...

¿por qué tiemblas, corazón?  
¡Escoges buena ocasión  
para mostrarte cobarde!

(Al fin se decide y comienza á escribir.)

BRIGIDA. El llanto baña su tez.

VIOL. «¡Conde, por la honra perdida,  
de nuevo os pido la vida  
ó la muerte de una vez!»  
¡Qué ruido es ese? (Volviéndose.)

BRIGIDA. No es nada.

VIOL. Aquí estoy yo vigilando.  
¡He de salvar á Fernando,  
aunque me mate Moncada!  
(Sigue escribiendo.)  
«Veros quise, y no he podido  
»esta tarde. Lo sé todo.  
»De salir no encuentro modo,  
»porque espero á mi marido.»  
¿Vienen?

BRIGIDA. No. Poned el fin.  
Yo vigilo; descuidad.

VIOL. (Escribiendo.)  
«Llave os mando: penetrad  
»por la puerta del jardin.  
»Devolved al mensajero  
»este papel. No es que dude  
»de vos, conde: mas acude  
»á mi mente terco y fiero,  
»enrojeciendo mi faz,  
»el recuerdo de mi esposo  
»y el recuerdo vergonzoso  
»de mi deshonra en Orgaz.» (Pausa.)  
Se confunde mi razon...  
¿Me queda algo por decir?...  
(Escribiendo.) «Una luz vereis lucir  
»en la puerta del salon.» (Nueva pausa.)  
¡Olvidé en mi aturdimiento  
decirle que es á las doce!

BRIGIDA. ¿Acabais?

VIOL. ¡Bien se conoce  
toda la angustia que siento.  
(Escribiendo.) «Á las doce; despues no...  
»vuela el tiempo y fuera tarde.  
»Dios vuestra existencia guarde  
»mejor que á mí me guardó.»  
Brígida...

BRIGIDA. ¿Señora?...

VIOL. Ven:  
toma esta carta.

BRIGIDA. La tomo.

VIOL. Ahora el manto.

BRIGIDA. ¡El manto? ¿Cómo?

¿he de ser yo misma quién?...

VIOL. Es preciso.

BRIGIDA. ¡Está lloviendo!

(Acercándose á la puerta del fondo.)

VIOL. Vive muy cerca el de Orgaz.

BRIGIDA. ¡De Cristo divina faz!

VIOL. Esta carta...

BRIGIDA. Ya lo entiendo.

(Ap.) (Por entenderlo no queda:

si queda, será sin duda

porque con mi ingenio acuda

al remedio, y como pueda...)

¡El marqués!...

(Mirando por la puerta de la izquierda y ocultando la carta.)

### ESCENA III.

DOÑA VIOLANTE, D. RODRIGO, BRÍGIDA, NUÑO.

D. Rodrigo y Nuño por la izquierda, en traje de calle, precedidos de dos criados con luces y seguidos de otro tercer criado: estos se detienen en la puerta. El marqués y Nuño dan los sombreros y las capas al último criado, que desaparece por la izquierda. El marqués da su espada á Nuño y se acerca á Doña Violante.

RODRIGO. ¡Violante!

VIOL. ¡Esposo!

RODRIGO. ¿Estás inquieta?

VIOL. No á fé.

RODRIGO. ¿Tiembla tu mano?

VIOL. No sé...

RODRIGO. Ven; necesitas reposo.

(Ap.) (Que todo lo sabe infiero.

Tiembla por Fernando... Es madre.

Lucha en mí el amor de padre con la honra del caballero.)

Sígueme. (Á Violante en voz alta.)

VIOL. Rodrigo...

RODRIGO. (Cogiéndole una mano.) ¿Ves?

¡te abraza la calentura!

VIOL. De ese jardín la frescura...

RODRIGO. Bien, bajaremos despues.  
Y cerca de esa enramada  
los dos y Laura, y á más  
Brígida y Nuño, verás  
cuán alegre es la velada.

(D. Rodrigo y Violante salen por la derecha, segundo término, precedidos de los dos criados con luces. Nuño, siempre con la espada del marqués en la mano, intenta seguirlos: Brígida le detiene.)

## ESCENA IV.

BRÍGIDA, NUÑO.

BRIGIDA. Escucha, Nuño, un instante.  
Va bien sin tí don Rodrigo,  
y va bien sin ir conmigo,  
mientras va con él Violante.

NUÑO. (Dejando la espada del marqués sobre el banco de la izquierda.)  
¿Qué me quieres?

BRIGIDA. Un favor  
pedirte. ¿Ves esta carta?  
(Le muestra la de Violante.)

NUÑO. Sí.

BRIGIDA. (Dudando.) Pues bien...

NUÑO. Tu historia ensarta.

BRIGIDA. Hay que llevarla á un señor. (Con misterio.)

NUÑO. (Tomando la carta y mirando el sobre. Despues se la devuelve á Brígida.)  
Del nombre se han olvidado.

BRIGIDA. No importa, yo sé quién es.

NUÑO. Puede llevarla Garcés.

BRIGIDA. Es asunto reservado...  
de una mujer.

NUÑO. ¿Y se llama?...  
¿Laura sin duda?

BRIGIDA. Perdona:  
mi lengua nunca pregona  
los secretos de una dama.  
Ni de nadie... No es prudente.  
Callo aunque el callar me hastie.

Aquel que de mí se fie,  
que con mi silencio cuente.  
Yo no hablo á tontas y á locas:  
¡soy un sepulcro!

NUÑO. Lo creo:  
que siempre una momia veo  
enterrada en esas tocas.

BRIGIDA. ¡Tengamos la fiesta en paz!

NUÑO. ¡Paz á los muertos!

BRIGIDA. ¡Peralta!

NUÑO. Ya me callo. Pero falta  
saber quién es.

BRIGIDA. (Con misterio.) El de Orgaz.

NUÑO. ¿Qué dices! ¿El conde!

BRIGIDA. Justo.

NUÑO. ¡Que me place, vive Cristo!  
jamás de cerca le he visto.

BRIGIDA. Pues te he dado por el gusto.

NUÑO. Esta roja cicatriz  
cuentas atrasadas tiene  
con esa casa, y conviene...  
En fin, iré.

BRIGIDA. ¡Soy feliz!

NUÑO. Y á Moncada el de Albornoz  
hace pensar en Orgaz:  
así lo dice su faz  
aunque lo calle su voz.

BRIGIDA. Pues mejor á lo que entiendo,  
si á tu señor interesa...

¿El mismo te ha dicho?... (Con curiosidad.)

NUÑO. Cesa.

Él no me habla: yo comprendo. (Pausa.)

Á media tarde salimos:  
en silencio caminamos;  
á Madrid atrás dejamos,  
y el sol ocultarse vimos.  
Los celajes de occidente  
más y más palidecían,  
y en el cielo aparecían  
las estrellas lentamente.  
Un triste y lejano són  
llegó en las alas del viento:

de la torre de un convento  
quizá el toque de oracion.  
Detuvimos nuestro paso,  
descubrimos nuestra frente;  
el toque espiró doliente;  
la luz se extinguió en ocaso.  
Esta roja cicatriz  
mirando estuvo el marqués:  
miró este puñal despues,  
y de la sangre el matiz  
tiñó su faz. Nada hablamos:  
la cabeza nos cubrimos;  
á Madrid la vuelta dimos,  
y ya de noche aquí entramos. (Pausa.)

BRIGIDA. Bueno, sigue; ya te escucho.  
Sé que te miró Moncada.  
¿Y despues?

NUÑO. No ocurrió nada.

BRIGIDA. ¿Con que eso es todo?

NUÑO. Y es mucho.

Aunque nada nos digamos,  
callando nos entendemos,  
que en la mirada ponemos  
lo que á la lengua negamos.  
Venga esa carta. De paje  
haré y de dueña.

BRIGIDA. Pues toma.

NUÑO. Veré al de Albornoz, y á Roma  
por todo.

BRIGIDA. Vaya; buen viaje.

NUÑO. (Volviendo desde la puerta y con cierta malicia.)  
¿Es de Laura? (Mostrando la carta.)

BRIGIDA. ¡Por mi fé!

NUÑO. ¡Quizá ruega al de Granada  
que no le dé una estocada  
á su Fernando?

BRIGIDA. (Con mal humor.) No sé.  
(Sale Nuño por la izquierda.)

## ESCENA V.

BRÍGIDA.

Y luégo dicen que gruño:  
pues ¿no he de gruñir con Nuño!  
¡qué pesado y qué curioso!  
No quisiera yo un esposo,  
aun cuando me hiciera falta,  
como Nuño de Peralta.

—  
Pero, en fin, despues de todo  
yo me lo arreglé de modo,  
que hice cuanto quise de él,  
porque en el fondo es fiel,  
y bonachon y sencillo,  
y me sirvió el pobrecillo

—  
Cierto que en lo testarudo  
que haya otro cual Lúcas dudo.  
El maldito paredon  
le aplastó sin compasion  
todo ménos la cabeza,  
que la dejó en una pieza.

—  
Era mucho hombre ¡ay de mí!  
desde el punto en que perdí  
de su regazo el calor,  
de mi viudez al dolor  
comprendí lo que valía,  
que ántes no lo comprendía.

—  
Un murallon ¡ay mi Dios!  
se interpuso entre los dos:  
una eternidad de llanto  
en forma de cal y canto.  
¡Y pensar que no hay remedio  
estando pared por medio!

—  
Pasos oigo: vuelve ya.  
¿Será Nuño? Sí será:

como que el dichoso conde  
buscó casa desde donde  
contemplar la de su amor.  
¡Qué posma es el buen señor!

## ESCENA VI.

D. FERNANDO, BRÍGIDA, NUÑO.

BRIGIDA. Nuño... (Saliéndole al encuentro.)  
¡Don Fernando!

(Deteniéndose al verle.)

FERN. (Á Brígida.) Vete.

BRIGIDA. Mal tropiezo tuvo, malo.

FERN. ¿Qué aguardas? Vete te digo.

BRIGIDA. Obedezco... (Ap.) ¡Es un leopardo!

(Sale Brígida por la derecha, primer término.)

## ESCENA VII.

D. FERNANDO, NUÑO.

FERN. (Á Nuño.) El fingimiento es inútil.

Desde que el sol en ocaso  
hunde su frente rojiza,  
hasta que encienden sus rayos  
arreboles de la aurora,  
¿por ventura ignoras, cándido,  
que, girasol de una bella,  
de su reja no me aparto,  
y que desde allí del conde  
la noble morada guardo?  
En ella entrar yo te he visto,  
y salir al breve rato.  
¡Mal oficio para viejo!  
¡mal oficio para hidalgo  
tomaste, por vida mia!

NUÑO. ¡Que tal escuche!

FERN. ¡Villano!

NUÑO. ¡Órdenes cumplí!...

FERN. ¿De Laura?

NUÑO. La carta que me entregaron...

FERN. ¡Una carta dices, Nuño?  
NUÑO. ¡Mal haya mi torpe labio!  
FERN. ¡Es inútil que lo niegues!  
NUÑO. ¡Yo negar? Lléveme el diablo

si sirvo para estas cosas.  
Brígida es quien me ha entregado  
ese papel; pero creo  
que fué de Laura el encargo.

FERN. Dame la respuesta.

NUÑO. ¡Yo!

FERN. Pues hubo carta, es bien llano  
que respuesta habrá.

NUÑO. No sé...

FERN. ¡Lo exijo!

NUÑO. En verdad...

FERN. ¡Lo mando!

Pues ella ha de ser mi esposa,  
tengo derecho sobrado...  
mas ¿qué me importa, si tengo  
mejor derecho en mi brazo  
y en este hierro que voy  
á hundirte, viejo menguado,  
en la garganta, si al punto  
no obedeces mi mandato!

NUÑO. Señor... señor... de mis canas...

FERN. De tus canas más despacio  
hablaremos. Pero dame...  
¡dame el papel entre tanto!

(Le coge violentamente: Nuño le mira tranquilo  
y sereno.)

NUÑO. Porque pedirlo podeis,  
señor... porque debo darlo,  
no porque tema morir,  
voy á ceder.

FERN. ¡Pronto!

(Nuño le entrega un papel, que él coge ansio-  
samente.)

¡Al cabo! (Pausa)

¡Ya lo tengo, y aún vacilo!

¡Valor, corazon menguado!

(Leyendo.) «Á mi poder llegó luégo

»la carta, y mal me juzgais

»si por ventura pensais  
»que desatentado y ciego  
»no he de escuchar vuestro ruego.  
»Fuera portarme cual ruin,  
»y soy caballero al fin.  
»Á las doce, recatado  
»entraré, perded cuidado,  
»por la puerta del jardin.»

(Fernando se detiene y muestra en todos sus ademanes la profunda emoci6n de que está poseido. Sigue leyendo despues de una breve pausa.)

«Para obligarme, señora,  
»invocais la honra perdida...»

(Fernando da un grito terrible: se detiene, vuelve á leer y acaba la carta con ansiedad creciente.)

»Bien sabe Dios que la vida  
»diera por borrar ahora  
»el crimen de aquella hora  
»en que nubló vuestra faz,  
»por insensato ó audaz,  
»con niebla de deshonor  
»y con llanto de dolor  
»eterno... El conde de Orgaz.»

(El actor interpretará este momento como crea oportuno.)

NUÑO. ¿Qué teneis?... ¡qué palidez!  
¡esa carta!... ¡Don Fernando!...  
¡Mi dueño?... ¡No me responde!  
¡tiemblan convulsos sus labios!

FERN. ¡Silencio!

(El reloj de una torre da once campanadas.)

NUÑO. Pero, señor...

FERN. Calla, Nuño... ¿qué hora ha dado?

NUÑO. De la torre de San Justo  
el eco triste y lejano  
por entre sombras y calma  
once campanadas trajo.

FERN. ¿Once no más? Imposible.  
Es media noche. Hace rato  
que la corneja graznó  
en el viejo campanario.  
¿No ves el cielo qué oscuro?

¿No ves bajarse mis párpados?

Es por el peso del sueño,  
no es por el peso del llanto.

Son las doce, no lo dudes.

(Ap.) (¿Cómo no, si las aguardo?)

¿Lo niegas? Pues mira, terco...

(Le lleva por un brazo hasta la puerta de la derecha primer término, y le obliga á mirar hácia el interior.)

¡Mira... mi Laura... mi encanto!

¡Ella viene!... ¡Son las doce!

¡Calla, corazón menguado...

calla... que nada sospeche,  
ó te arranco con mis manos!

### ESCENA VIII.

DOÑA VIOLANTE, LAURA, FERNANDO, D. RODRIGO.

Doña Violante y D. Rodrigo por la derecha, segundo término; Laura y Brígida por la derecha también, primer término.

VIOL. ¡Hijo del alma!

FERN. ¡Mi madre!

RODRIGO. (Á Fernando.) ¡Así cumples mi mandato!

FERN. Pues de enojaros no trato;  
voy á retirarme, padre.

(Hace un movimiento para salir.)

RODRIGO. Espera. (Ap.) (No sé por qué

hoy me duele ser severo.

Si mañana el hado fiero

fatal le fuese... No á fé:

no está bien mostrar enojos

cuando no los siento ya,

cuando le miran quizá

por última vez mis ojos.

(En voz alta y casi cariñosa.)

Ven, Fernando; de esta casa,

que es tu casa solariega,

nadie la entrada te niega

con justa medida y tasa,

como lo exige el deber,  
que es el freno del amor,  
como lo exige el honor  
de quien va á ser tu mujer.  
Deten el paso, y reposa  
aquí en honesta velada,  
junto á tu madre adorada  
y á tu prometida esposa.

(D. Fernando deja la capa y el sombrero en un sillón inmediato á la puerta de la izquierda. Los actores se colocan en el orden siguiente: D. Rodrigo y Doña Violante en los dos sillones que están junto á la mesa. Laura y Fernando en los dos taburetes. Brígida y Nuño en el gran banco de madera de la izquierda. Laura borda la banda roja; Nuño limpia la espada de D. Rodrigo; Brígida saca un libro de rezos; Doña Violante mira con inquietud y ansiedad á la dueña.)

NUÑO. Dame.

(Á Brígida: ésta le da un paño ú otro objeto cualquiera.) Gracias.

BRIGIDA. Y al acero  
otra vez.

NUÑO. (Limpiando el hierro.)  
Es mi afición.

BRIGIDA. Natural ocupacion  
en un tan buen escudero.

NUÑO. Vamos, Brígida, á tener  
una velada famosa,  
aunque no suceda cosa  
que no sucediera ayer.  
Yo la tajante á bruñir,  
los chicos á enamorar,  
los padres á vigilar,  
y las dueñas... á dormir.

VIOL. (Ap.) (No pude á Brígida yo  
preguntar... ¡siempre Rodrigo!)

BRIGIDA. (¿Con que la carta?... ) (Ap. á Nuño.)

NUÑO. (Ap. á Brígida.) (Te digo  
por cuarta vez que llegó.)

LÁURA. (Ap.) (¿Por qué no fija sus ojos  
en los míos?) (Aho.) ¡Ay de mí!

FERN. (Por qué suspiras así?) (Ap. á Laura.)

LAURA. Por tus enojos.

FERN.

¡Enojos!

Velada es esta en verdad (Levantando la voz.)

que ensancha mi corazon:

mira allí nuestra ilusion

(Señalando á sus padres.)

convertida en realidad.

Amor en la juventud

confundi6 sus corazones;

del cielo las bendiciones

de amor hicieron virtud:

la muerte al fin sin piedad

querrá separar sus vidas;

pero á sus almas unidas

les queda la eternidad.

Bendigamos á la suerte

que tal dicha nos prepara:

unámonos en el ara

por la vida y por la muerte;

tú con esposo leal

y yo con esposa pura...

¡no temas... es ya segura

nuestra dicha terrenal!

(Con sarcasmo mal contenido.)

LAURA. ¡Esa mirada... ese acento!

VIOL. Eres injusto, Fernando...

RODRIGO. ¿Por qué razon, cómo ó cuándo?...

FERN. ¡Porque me embriaga el contento!

Pero escucha, Laura mia;

si por aquella á quien ama,

cuando es honrada la dama,

toda su sangre daría

este pobre corazon,

bendiciendo su destino,

¡ay si encuentra en su camino

una sombra de traicion!

LAURA. En confusiones me pierdo

al escucharte!

FERN.

No es nada.

Es que miro aquella espada

que limpia Nuño, y recuerdo

que mi padre me contó  
una historia de amargura  
que la limpia empuñadura  
por muchos años guardó  
en su centro taladrado,

RODRIGO. Es la historia provechosa.

FERN. Por lo ménos es curiosa.

BRIGIDA. Y ¿hace mucho que ha pasado?

FERN. Mucho.

BRIGIDA. Déjame mirar  
ese extraño hierro, Nuño.

FERN. Pero el misterioso puño  
aún se puede aprovechar.

RODRIGO. Ocupar puedes á fé  
aquesta alegre velada,  
refiriendo de mi espada  
el origen.

FERN. Si lo haré.

BRIGIDA. ¿Será una historia de amor? (Á Nuño.)

NUÑO. Yo no sé lo que será.

RODRIGO. Comienza la historia ya.

NUÑO. (Limpiando el hierro.)  
No hay otro acero mejor.

(Pausa. Despues Fernando comienza la historia.  
El marqués toma un libro de sobre la mesa y lee  
atentamente hasta el final de la escena. Laura si-  
gue su labor, que á veces interrumpe, para oír á  
Fernando. Nuño continúa bruñendo la espada de  
su señor. Doña Violante se muestra inquieta: ya  
vuelve la vista hácia el jardin, ya mira con afán  
á Brígida.)

FERN. Cuenta una historia olvidada  
que cierta bella Beatriz  
y un don Álvaro Moncada,  
para ella en hora infeliz,  
para él en hora menguada,

casaron allá en Sevilla,  
y era su amor tan ardiente,  
que si cruzaban la villa,  
les señalaba la gente  
como á humana maravilla.

Mas todo acaba en el mundo:  
en todo se puede hallar  
término, y término inmundo:  
¡que fondo tiene hasta el mar  
con ser el mar tan profundo!

---

Le veis tranquilo y sereno,  
y creyerais con trabajo  
que no es de cristal su seno;  
¡pues de ese cristal debajo  
hay doble fondo de cieno!

---

Mas por Dios que mi memoria  
es ya sobrado infeliz:  
volvamos á nuestra historia  
y á nuestra hermosa Beatriz,  
hermosa como una gloria.

---

Del rey moro de Granada,  
cierto príncipe andaluz  
llegó con una embajada,  
bello cual ángel de luz,  
al palacio de Moncada.

---

Á Beatriz enamoró,  
mas siempre la halló cruel;  
la embajada terminó,  
y desdeñado el infiel  
á Granada se tornó.

---

Mas ¡qué extraño es el destino!  
¿Por qué Beatriz escondía  
en su camarín divino  
una carta que tenía  
del príncipe granadino?

---

Probaba la carta aquella,  
carta que escribió al partir,  
que de la cristiana bella  
jamás consiguió rendir  
el corazon su querella.

---

Pero es cosa averiguada  
que á veces en el jardin  
bajo una espesa enramada,  
y otras en su camarín  
lánguidamente inclinada,

y muchas tras de la reja,  
cuando la luz de la luna  
el Guadalquivir refleja,  
de aquel papel sin fortuna  
buscaba la eterna queja.

Era una noche: miraba  
tras la reja, cual solía,  
la luna que se elevaba:  
la carta á veces leía,  
y leyéndola lloraba.

Una mano de repente  
asíó el papel misterioso;  
dió un grito la delincuente,  
y al volverse, de su esposo  
se halló Beatriz frente á frente.

De lo que entre ambos pasó  
no llegó al mundo ni un eco,  
mas la marquesa... murió.  
Con la empuñadura en hueco  
don Álvaro hacer mandó

en Toledo el hierro aquel  
que veis en manos de Nuño;  
y refirió un paje infiel  
que vió á Moncada en el puño  
meter sangriento un papel.

Despues marchóse á la guerra,  
y en una ruda batalla  
en la granadina tierra,  
sin casco y rota la malla,  
á un moro ven que se aferra;

y aunque el moro era valiente,  
le arroja sobre un terruño,  
le mira fijo y ardiente,  
y de aquella espada el puño  
le hunde en la sangrienta frente.

Y aquí agrega el narrador,  
que desde aquella jornada,  
todo Moncada en rigor  
en el puño de su espada  
lleva el sello de su honor.

LAURA. Triste es la historia y sombría.

FERN. (Á Laura.) Está pálida tu tez.

BRIGIDA. (Ap. á Nuño.)  
(¿Con que la carta...)

NUÑO. ¡Otra vez!  
(Ap.) (No digo esta boca es mía,  
pues respuesta no me exige.)

BRIGIDA. (Ap. á Nuño.)  
(Ya estará la dama ansiosa.)

VIOL. (En voz alta.) Me fatiga hallarme ociosa.  
La banda azul... (Á Brigida.)

BRIGIDA. (Á Nuño.) ¡No lo dije?

NUÑO. (Ap.) ¡Y que era Laura pensé!  
¡Es Violante!

(Brigida se levanta, despues de tomar en el bance  
una banda azul y con ella se aproxima á doña Vio-  
lante. D. Rodrigo entre tanto sigue leyendo.)

VIOL. (Á Brigida en voz muy baja.) ¿Fuiste?

BRIGIDA. (Lo mismo á Doña Violante.) Fui.

VIOL. ¿Y te contestó?

BRIGIDA. (Resueltamente despues de dudar algo.) Que sí.  
(Se separa de Doña Violante y vuelve hácia su  
asiento.)

Lo que contestó no sé,  
que respuesta no ha traído.

NUÑO. (Á Brigida con interés, saliéndola al encuentro.)  
¡Fué Violante?

BRIGIDA. ¡Por piedad!...  
¡yo nada he dicho!

NUÑO. (Insistiendo.) ¡Es verdad?

BRIGIDA. Pues ¿cómo lo has conocido?

(Pequeña pausa.)

RODRIGO. (Dejando el libro abierto.)

¡Una famosa jornada  
y una cimitarra dura!

(Se queda meditando algunos momentos; despues  
cierra el libro, lo deja sobre la mesa y se le-  
vanta.)

Aquí acaba la aventura,  
y aquí acaba la velada.

(Todos se levantan.)

VIOL. (Desde su sitio.)

Adios, Fernando, hijo mio;  
de retirarnos ya es hora.

NUÑO. (Ap. y desde su sitio tambien:)

(¿Será cual Beatriz traidora?)

LAURA. (Á Fernando.) ¿Por qué muestras tal desvío?

FERN. (Á Laura.) ¡Desvío! ¡Vanas quimeras!

Siempre tu sombra seré,  
y has de verme... ¡por mi fe!...

(Ap.) (¡hasta cuando no quisieras!)

(Fernando se separa de Laura y se acerca á su  
madre y ésta á él; Nuño viene á buscar á D. Ro-  
drigo como para recibir órdenes; Laura se aproxi-  
ma á Brígida. De este modo los personajes for-  
man tres grupos: en el centro Doña Violante y  
Fernando; á la derecha D. Rodrigo y Nuño; á la  
izquierda Laura y Brígida.)

(Ap. á Doña Violante.)

¡Adios, mi madre querida,  
limpio espejo en que me veo,  
único ser en quien creo,  
única fé de mi vida!

(Se separa de su madre, se despide de D. Rodri-  
go, se dirige á la puerta de la izquierda, toma la  
capa y el sombrero y se detiene observando. Nuño  
se aparta hácia la derecha aproximándose á la se-  
gunda puerta.)

VIOL. (Ap. y haciendo un movimiento para seguir á  
Fernando.)

Si mi súplica...

No á fe: (Deteniéndose.)

fuera inútil; yo deliro.

NUÑO. (Desde la puerta de la izquierda, segundo término.  
Alumbrad, Garcés, Ramiro...)

RODRIGO. Laura... (Despidiéndose de ella.)

LAURA. Madre... (Acercándose á Doña Violante.)

FERN. (Ap.) (¡Volveré!)

(Garcés y Ramiro aparecen con luces en la segunda puerta de la derecha, y por ella salen, precedidos de aquellos, D. Rodrigo y Violante. Laura y Brígida salen igualmente por la derecha primer término. Fernando espera á que todos se retiren, y entónces cautelosamente pasa al jardín; al desaparecer por la puerta del fondo es cuando dice: «¡Volveré!»).

## ESCENA IX.

NUÑO.

Se dirige lentamente al banco de la izquierda, toma la espada de D. Rodrigo y queda algunos momentos pensativo. Sin soltar la espada saca la carta de Doña Violante del pecho.

Esta es la carta. (Pausa.) Me fué  
devuelta al fin por el conde,  
y en ella pronto sabré  
si el secreto que ella esconde  
es el que siempre pensé.

(Se prepara á abrir la carta, mas se detiene como dominado por una nueva idea.)

Pero ¿qué intentas, villano?

¿Por qué arde en tu fantasía  
un pensamiento liviano?

prenda que á tí se confía,

¿vas á violar por tu mano?

(Nueva pausa: hace un movimiento para salir por la derecha.)

Devolveré á esa mujer  
aquesta carta fatal.

Pero ¿es este mi deber?

(Deteniéndose de nuevo.)  
Si fuese ella criminal,  
su cómplice vengo á ser.

—  
Basta ya de ruin temor,  
y basta de necio empeño;  
pues se trata de su honor,  
y es su esposo y es mi dueño,  
¡esta carta á mi señor!

(De nuevo se prepara á salir.)

—  
(De nuevo se detiene.)  
Mas si aquí está demostrada  
la mancha de esa infeliz,  
y él la ve... ¡Virgen sagrada!  
¡va á morir como Beatriz  
á las manos de Moncada!

—  
¿Dónde, papel que maldigo,  
ocultarte? ¿dó tenerte  
que no te tenga conmigo,  
que el marqués no pueda verte...  
y que te lleve consigo?

—  
(Hablando con la espada )  
Hierro noble, limpio y duro  
vengador de aquel Moncada,  
¿sabes de un sitio seguro  
en donde una mano honrada  
esconda un secreto impuro?

—  
Voy á descubrir si es él  
el de la noche fatal;  
y entre tanto, hierro fiel,  
en tu puño de metal  
guarda, guarda este papel.

—  
Pero hasta el punto feliz  
en que yo muestre al traidor  
esta roja cicatriz,  
no digas á tu señor  
que es Violante otra Beatriz.

(Guarda el papel en la empuñadura de la espada, y sale llevándose la luz que hay sobre la mesa. La escena queda sola y á oscuras por breves instantes.)

## ESCENA X.

DOÑA VIOLANTE.

Sale por la derecha, segundo término, lentamente y con una luz; despues de mirar á todas partes, cierra la puerta y deja la luz sobre la mesa.

Nadie. (Suenan doce campanadas.)

Las doce. ¿Vendrá?

(Acercándose á la puerta del fondo.)

Todo calla en el jardin.

Silencio y sombras. Al fin...

¿se abrió una puerta?... ¿será?

Algo se mueve allí enfrente...

Es que el viento agitó el sauce. (Pausa.)

¿Qué rumor?... (Escucha con afan.)

Es que en el cauce

murmura el agua corriente.

Todo la noche lo esconde

bajo su negro capuz.

Olvidé poner la luz...

(Toma la luz, vuelve á la puerta del fondo y levanta la luz en alto.)

Pasos oigo... al fin...

(Retrocede hasta la mesa. El conde de Orgaz aparece en la puerta del fondo y en ella se detiene.)

El conde.

## ESCENA XI.

DOÑA VIOLANTE, D. JUAN.

JUAN. Vengo á cumplir mi promesa.

(Doña Violante apaga la luz y retrocede instintivamente algunos pasos.)

(En voz baja.) Matais la luz y quedamos...

VIOL. Bien entre sombras estamos.

JUAN. Como os agrada, marquesa.  
Señora... (Da algunos pasos.)

VIOL. Conde, apartad.

JUAN. ¿Dónde estais, que marchó ciego?

VIOL. Se puede escuchar un ruego  
lédjos y en la oscuridad  
cuando benigno se escucha,  
señor don Juan de Albornoz,  
que es muy vibrante la voz  
de una madre cuando lucha  
por salvar la amenazada  
vida del hijo que adora.

JUAN. Todo lo sabeis, señora.

VIOL. Al palacio de Moncada  
os hice venir á vos;  
si todo no lo supiera,  
¿de noche y de tal manera  
nos halláramos los dos?

JUAN. ¿Qué me pedís?

VIOL. Que á ese duelo  
renuncieis, y que salgais  
de Madrid.

JUAN. No me pidais  
lo imposible.

VIOL. ¡Por el cielo!

JUAN. ¡Yo cobarde!

VIOL. (En voz muy baja, desde lédjos, suplicante y cru-  
zando las manos.)

¡Por la cruz!

JUAN. ¡Ved que mi honra me pedís!

VIOL. (Sin poder contenerse, alzando la voz y marchán-  
do resueltamente hácia D. Juan.)

¡De honra hablais?... ¡honra decís!...

(Llegando hasta el conde.)

¡Mal hice en matar la luz!

¡Veros quisiera la faz!...

¡Sin pedirme la honra mia  
la tomó vuestra osadía  
en el castillo de Orgaz!

JUAN. ¡Soy un infame!... ¡Lo soy!...  
¡Haceis bien en maldecirme!

Pero ¿qué podeis pedirme  
cuando la existencia os doy?

Yo os lo juro por mi fe;  
áun á costa de mi vida,  
mi espada jamás vencida  
de su pecho apartaré.

VIOL. Os creo... su vida... sí...  
respetará vuestra diestra;

pero ¡ay! ¿y la vida vuestra?  
JUAN. Y ¿qué os importa de mí? (Con extrañeza.)

## ESCENA XII.

DOÑA VIOLANTE, D. JUAN, FERNANDO.

Éste aparece en la puerta del fondo sin capa y sin sombrero  
ó los arroja al jardín, y se detiene sondeando las sombras  
con afán.

FERN. (Ap.) (En el fondo del salon  
sombras agitarse veo...  
¡De tanto gozo, yo creo  
que hoy me salta el corazon!

(Avanza lentamente hácia Doña Violante y Don  
Juan, que debe hallarse en primer término.)

¡Él y la mujer liviana!...

¡Él resiste y ella implora!...

¡Y llora!... ¡Llora, traidora,  
que no llorarás mañana!

(Se acerca cada vez más.)

VIOL. (En voz muy baja.)

¡Cruzar con él vuestro acero!

¡Os digo que es imposible!

¡Os digo que fuera horrible!

FERN. (Desnudando el puñal.)

¡Los dos!... pero ¿cuál primero?

VIOL. (Á D. Juan, con voz apagada.)

¡Me haceis apurar las heces  
del cáliz de la amargura!

FERN. (Ya muy cerca de Violante, se detiene y procura  
ver, pero sin conseguirlo.)

(Ap.) ¡Es la noche tan oscura!...

(Da algunos pasos más; y coge violentamente á su madre por un brazo.)

¡¡Pero al fin!! (Con voz terrible.)

VIOL. (Da un grito inarticulado y dice para sí, con expresión que sólo á la actriz es dado interpretar.)

(¡¡Jesús mil veces!!)

(Doña Violante procura desprenderse: Fernando la sujeta: D. Juan vaga por la oscuridad. En toda esta escena, gran rapidez: el grito de Fernando «¡¡Pero al fin!!», el de Violante y lo que sigue, casi simultáneo.)

FERN. (Á gritos terribles.)

¡Hola... venid... despertad!...

¡Mis gentes todas arriba!...

JUAN. ¡No será mientras yo viva!...

FERN. ¡Mi venganza presenciad!...

¡No te irás!... (Á su madre.) ¡Sufré tu cruz!...

¡Don Juan, no huyáis!...

(Á su madre, hablándola de muy cerca y oprimiéndola entre sus brazos con frenesí.)

¡Quiero verte!

¡Y á él también... al daros muerte!

¡Acudid todos! ¡Ya!... ¡Luz!...

### ESCENA XIII.

DOÑA VIOLANTE, FERNANDO, D. JUAN, LAURA, con una luz en la mano por la derecha primer término. Da algunos pasos y se detiene.

FERN. (Sin soltar á su madre.)

¡Laura!... ¡Imposible!...

(Se vuelve hácia Violante; ésta se cubre el rostro con las manos; Fernando se las separa con violencia y la mira.)

¡¡Mi madre!!

¡Ojos, cegad!

(La suelta y se cubre la cara con las manos.)

VIOL.

¡Ay de mí!

(Cae de rodillas á los piés de Fernando.)

(Los personajes ocupan las posiciones siguientes: hácia la izquierda, segundo término, á donde ha

llegado en la lucha anterior, Doña Violante y Fernando; éste en pie cubriéndose el rostro; aquella á sus piés; Laura á la derecha, primer término, cerca de la puerta por donde salió; D. Juan hácia la derecha, cerca de Laura.)

## ESCENA XIV.

DOÑA VIOLANTE, FERNANDO, LAURA, D. JUAN, D. RODRIGO, NUÑO, RAMIRO.

Los tres últimos por la derecha, segundo término. D. Rodrigo y Nuño con las espadas desnudas. Ramiro con una luz.

RODRIGO. (Desde dentro.)

¡Nuño!... ¡Nuño!... ¡por aquí!...

LAURA. ¡Dios mio!

JUAN. ¡El marqués!

VIOL. (Levantándose rápidamente.) ¡Tu padre!

(Éste es el momento en que aparecen D. Rodrigo, Nuño y Ramiro. Laura da un paso hácia la derecha; D. Juan la sigue y queda siempre á su lado.)

RODRIGO. (Mirando al grupo que forman Violante y Fernando.)

¿Quién de mi casa la paz  
turba y el recogimiento?

¿Quién con torpe atrevimiento?...

(Volviendo la vista hácia ellos.)

¡Laura y el conde de Orgaz!

LAURA. ¡Yo y el conde!... ¡No por Dios!...

¿Por qué me mirais así! (Á D. Rodrigo.)

¡No hay culpa, señor, en mí!

Madre... Fernando... los dos  
defendedme!

(Corre hácia Violante y Fernando como implorando protección.)

FERN. (En voz alta.) ¡Desdichada!

JUAN. (Ap.) ¡Qué idea... Sí: Laura es mia...  
salvo á Violante...)

(Adelantándose hácia D. Rodrigo y presentándole el pecho.)

(En voz alta.) La fria

hoja, marqués, de esa espada  
hundid en mi corazón,  
que bien merece la muerte  
quien penetró de esta suerte  
en vuestra noble mansión.

RODRIGO. Y á la noble casa mía  
¿por qué entre sombras vinisteis?

(D. Juan vuelve la vista hácia Laura; D. Rodrigo sigue su mirada.)

¿Por Laura?

JUAN. Vos lo dijisteis.

RODRIGO. ¿Y ella acaso consentía?

JUAN. No en verdad; pero aún á ser  
ella quien me hizo venir,  
ni lo pudiera decir...

RODRIGO. Ni yo lo quiero saber. (Pequeña pausa.)

Mañana Madrid entero  
dirá que el viejo Moncada  
halló la noche pasada  
en su casa un caballero.

Y como en aqueste instante  
sólo hay dos damas en ella,  
ó vino por Laura bella,  
ó vino por mi Violante.

FERN. ¡No... jamás... la madre mía?

RODRIGO. (Á Fernando.) ¿Qué supones, insensato?

¡Tal dijiste y no te mato!

Si dudara... ¿viviría? (Señalando á Violante.)

(Fernando abraza á su madre instintivamente como para defenderla.)

Laura confiada me fué

(Cambiando de tono y volviéndose á D. Juan.)

por su padre al espirar,  
y su honor he de guardar,  
y hoy en peligro se ve.

¡Mas la dejásteis, por Dios,  
asaltando mi morada,  
inútil para un Moncada,  
buena sólo para vos.

LAURA. ¡Yo del conde!

RODRIGO. Es lo prudente,  
y lo exijo sin disculpa:

por tu culpa, si hubo culpa;  
por tí, si eres inocente.  
Con que si sois caballero,  
si no os teneis por villano,  
dad á Laura vuestra mano,  
ó desnudad vuestro acero.

JUAN. ¡Á mi Laura yo alcanzar!  
¡Bien haya mi audacia loca,  
si consigo de su boca  
un sí eterno en el altar!

(Se adelanta hácia el marqués: éste envaina el  
acero y hablan en voz baja. Doña Violante, Lau  
ra y Fernando forman un grupo.)

LAURA. ¡Yo ser su esposa!... ¡Jamás!

VIOL. ¡Silencio! (Á Laura con voz suplicante.)

LAURA. (Á Doña Violante.) ¡Y él, madre mia!

VIOL. ¡Silencio, y en Dios confía!

FERN. (Señalando á su madre y dirigiéndose á Laura.)

¡Calla, ó la muerte la das!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

---

## ACTO TERCERO.

---

La escena representa un salon del castillo de Orgaz: arquitectura de carácter triste y sombrío. En el fondo una gran ventana dividida por dos columnas muy ligeras en tres claros ó ventanas menores. Las tres ventanas abiertas; por ellas se ve el fondo completamente oscuro del cielo.

Á la derecha del espectador, primer término, una enorme chimenea con fuego; en segundo término una puerta que conduce á las habitaciones que ha de ocupar Laura: entre la chimenea y la puerta un trofeo de diversas armas.

Á la izquierda dos puertas; la de primer término conduce á las habitaciones destinadas á Moncada; la de segundo término da paso á un corredor que termina en la esplanada del muro y que está en comunicacion con la escalera de la torre. Se supone ademas que entre las habitaciones de Moncada y este corredor, hay comunicacion directa. Entre ambas puertas un gran retrato de cuerpo entero que representa á D. Juan cuando era mozo.

Á la izquierda, primer término, una mesa y un sillón, y sobre la mesa una luz. Á la derecha, junto á la chimenea, dos taburetes.

Una lámpara pendiente de la bóveda. Es de noche.

### ESCENA PRIMERA.

ORDOÑO, MENDO.

Sentados á la chimenea, cuyo fuego avivan.

MENDO. Mala noche, amigo Ordoño.

- ORDOÑO. Mala noche, amigo Mendo.  
MENDO. Para este huracan del diablo  
está el castillo muy viejo.
- ORDOÑO. Las torres se bambolean  
desde la almena al cimientó.
- MENDO. Al anohecer se hundió  
de la muralla un buen lienzo.  
¿Bajaste á ver los escombros?
- ORDOÑO. Bajé, y el foso está lleno.  
Si hay quien pretenda asaltar  
el castillo, ¡vive el cielo!  
que ya brecha practicable  
lluvias le abrieron y vientos.
- MENDO. El foso por el derribo,  
la muralla por el hueco,  
esta torre por las rejas  
que suben de trecho en trecho  
del zócalo á la ventana,  
y por los monstruos horrendos  
de piedra que las adornan  
cual fantásticos engendros,  
juro que no hay en el valle,  
Ordoño, un solo montero  
que en cuatro saltos no llegue  
á este salon.
- ORDOÑO. Ya lo creo.
- MENDO. De Orgaz al noble castillo  
rinden ya su propio peso,  
ó del aire las injurias,  
ó las injurias del tiempo.
- ORDOÑO. Mal se apresta á recibir  
á su señor y á su dueño;  
mal á la bella condesa,  
cuando ante sus plantas fiero,  
en vez de tender alfombras,  
sólo escombros va tendiendo.
- MENDO. De la boda bien no auguro.  
Pero en fin... aviva el fuego.  
(Pausa. Avivan el fuego de la chimenea.)  
¿Viste la puesta del sol?
- ORDOÑO. Toda la tarde allá dentro  
pasé arreglando salones,

que son muchos los viajeros.  
Albornoz y doña Laura,  
por una parte; y agrego  
don Rodrigo y la marquesa;  
pajes, damas, escuderos  
ademas; dueñas sin duda,  
venerables por supuesto,  
de las que será el castillo  
quizá el hermano gemelo;  
y cuenta que con la gente  
menuda yo nunca cuento.  
Me hablas de puestas de sol:  
¡soles á mí! ¡por los cuernos  
de Satan!

MENDO. Pues yo la vi.

ORDOÑO. ¿Tú la viste? Lo celebro.

MENDO. Desde aquel sitio. (Señalando la ventana.)

ORDOÑO. Famoso.

MENDO. Todos los vidrios abiertos,  
y allá el ocaso, y el sol  
en negras nubes envuelto.  
De repente un rojo rayo  
las rasgó como un acero,  
y vino á dar en la frente  
de aquel retrato de lleno.

ORDOÑO. (Volviéndose sin levantarse del taburete y miran-  
do el retrato de D. Juan.)

Albornoz veinte años há  
era un hermoso mancebo.

MENDO. Hermoso, tienes razon;  
pero algo triste y siniestro  
ví en ese rostro al herirle  
del sol el postrer reflejo.  
Y no es esto sólo.

ORDOÑO. ¿Hay más?

MENDO. La vista bajé un momento,  
y ví del bosque salir  
montado en un potro negro,  
en blanca espuma bañado,  
á todo escape un mancebo,  
como ese retrato hermoso,  
como el retrato siniestro,

el sol tambien en su frente,  
flotando al aire el cabello.  
¿Fué ilusion? Yo no lo sé,  
¡pero era igual al del lienzo!  
Sólo que estaba tan pálido,  
que con ser humano cuerpo,  
y aquello un cuadro no más,  
creyeran todos al verlos,  
vivo al de aquella pintura  
y al del negro potro muerto.  
Miró al castillo un instante;  
hundió sus dos manos luégo  
en la revuelta melena;  
los acicates sangrientos  
en los ijares del bruto  
clavó, al bruto revolviendo,  
y se alejó del castillo  
mesándose los cabellos.  
Hundióse el sol en ocaso;  
en sombras quedó ese lienzo,  
y entre las sombras del bosque  
perdióse el del potro negro.

ORDOÑO. Mal presagio, si es verdad  
que ya rondan caballeros  
castillo que tan mal puede  
guardar, por ruinoso y viejo,  
hechiceras castellanas  
de ojos azules ó negros.

(Se oye el ruido del puente levadizo.)

Pero escucha... cayó el puente. .

(Levantándose y asomándose á la ventana.)  
pasan muchos... serán ellos.

MENDO. Vamos allá. (Se levanta.)

ORDOÑO. Vamos, sí.

MENDO. Se acercan.

## ESCENA II.

MENDO, ORDOÑO, BRÍGIDA, RAMIRO.

Los dos últimos por la izquierda, segundo término.

BRÍGIDA.

Gracias al cielo

que llegamos.

ORDOÑO. (Á Mendo.) ¡Una dueña?

BRIGIDA. ¡Qué cansada!... ¡Yo me muero!

Ramiro, dame tu mano...

ayúdame... Tú eres bueno,

(Va caminando apoyándose en Ramiro.)

dulce, amable, complaciente...

Gracias... gracias...

(Llega á uno de los taburetes é intenta sentarse, pero no puede conseguirlo por la rigidez de sus huesos y el dolor del cansancio.)

¡Ay, no puedo!

No te pareces á Nuño...

(Apoyándose en Ramiro.)

Al fin.

(Mirando á Ordoño y á Mendo despues de sentarse.)

¡Hola, aquí tenemos  
dos hidalgos! Dios os guarde.

MENDO. Y él á vos.

BRIGIDA. Á lo que pienso  
¿sois de la casa del conde?

ORDOÑO. Acertó de medio á medio  
la muy venerable dueña.

BRIGIDA. Pues se acerca vuestro dueño:  
con que salid á esperarle.

ORDOÑO. (Ap. á Mendo.) (Por no ver tal estafermo,  
fuera yo á esperar al diablo  
á las puertas del infierno.)

(Salen Ordoño y Mendo por la izquierda, segundo término.)

### ESCENA III.

BRÍGIDA, RAMIRO.

Este último hace un movimiento para seguir á los escuderos.

BRIGIDA. No te vayas, no, Ramiro.  
Ven; más cerca.

RAMIRO. (Ap.) (¡Qué tormento!)

BRIGIDA. Tras de los hombres de guerra

se va siempre tu deseo.  
Aún eres niño.

RAMIRO. No tanto.  
Á Nuño, el buen escudero,  
lanza, caballo y espada  
preguntad cómo manejo.  
Preguntad á don Fernando...

BRIGIDA. Fácil es. Si no sabemos  
dónde está... Tú ya recuerdas  
que el infeliz cayó enfermo  
con una fiebre... ¡qué fiebre!  
Que el marqués, terco que terco,  
mientras Fernando luchaba  
con la agonía en el lecho,  
de Laura la voluntad  
torció con mano de hierro;  
y que en fin, esta mañana,  
ella de angustia muriendo  
y el de Albornoz de ventura,  
se casaron.

RAMIRO. Bien me acuerdo.  
Pero esta mañana vi  
á don Fernando en el templo.

BRIGIDA. ¿Tú le viste?

RAMIRO. Sí por Dios,  
pero no más que un momento:  
en un pilar apoyado;  
casi entre sombras envuelto.  
La lámpara de la Virgen  
con resplandores inciertos  
á veces iluminaba  
aquel rostro triste y bello;  
y era tal su palidez,  
que pensé un instante al verlo  
que estatua de mármol era,  
que del funerario lecho  
de algun sepulcro se alzaba  
para reclamar siniestro,  
al conde su bella esposa,  
y á Laura sus juramentos.  
Un sí se oyó en el altar;  
se oyó un gemido en el templo,

y del pilar en la sombra  
desapareció el mancebo.  
BRIGIDA. Pues se ignora desde entónces  
de Fernando el paradero.  
Por eso doña Violante,  
los amorosos extremos  
del desesperado mozo  
con mucha razon temiendo,  
acompaña á doña Laura  
á este castillo funesto,  
á pesar de los pesares  
y de sus tristes recuerdos.  
¿Por esto digo? Además  
otras razones sospecho  
que debe tener. Ramiro,  
hace dias que yo observo  
que es la marquesa la sombra  
de su esposo. (Pausa.) Junto al lecho  
de Fernando, Nuño y ella  
con sigilo y con misterio  
hablaron. Lágrimas hubo:  
á Nuño quiso el mancebo  
en un rapto de furor  
matar; mas cayó de nuevo  
en el delirio. Ese Nuño...  
que habló al marqués yo recelo...  
aquella carta...

RAMIRO. ¿Qué carta?

BRIGIDA. ¡Miren el mal rapazuelo,  
y qué curioso!

RAMIRO. Si yo...

BRIGIDA. Bien que la culpa me tengo.

RAMIRO. En verdad...

BRIGIDA. ¡Digo que calles! (Rumor lejano.)

Que al fin han llegado creo. (Escuchando.)

Ayúdame á levantar. (Se levanta.)

¡Ay!... ¡que apénas me sostengo!

## ESCENA IV.

D. JUAN, LAURA, D. RODRIGO, DOÑA VIOLANTE, NUÑO,  
MENDO, BRÍGIDA, RAMIRO.

Los nuevos personajes entran por la izquierda, segundo término, y se colocan en el orden siguiente de izquierda á derecha: D. Juan y Laura, Violante y D. Rodrigo, Nuño y Mendo, Brígida y Ramiro: estos últimos ya junto á la chimenea. Nuño mira al salon con curiosidad, Violante con espanto; la actriz interpretará como su talento le inspire esta situacion difícil.

RODRIGO. Tú desfalleces, Violante.

VIOL. Es el cansancio no más.

(Ap.) (Pensé no volver jamás!)

NUÑO. (Ap. mirando el retrato de D. Juan.)

(De aquel retrato el semblante...)

JUAN. (Á Laura.) Voy tu mirada buscando,  
y no encuentro tu mirada.

LAURA. Madre... madre...

(Como huyendo de D. Juan y acercándose á Violante.)

VIOL.

Laura amada...

LAURA. (Á Violante en voz baja.)

(¿Dónde... dónde está Fernando?)

NUÑO. (Á Mendo en voz baja señalando el retrato.)

(¿Quién es el mancebo aquel  
de hermosa y soberbia faz?)

MENDO. (¿Quién ha de ser? el de Orgaz  
cuando mozo.)

NUÑO. (Ap. con alegría.) ¡Al fin!... Es él.

Tu instinto, Nuño.)

(D. Juan se aproxima á Laura y á Violante y los tres quedan á la izquierda; Mendo se acerca á Brígida y á Ramiro y forman otro grupo á la derecha; en el centro quedan D. Rodrigo y Nuño.)

Señor... (A D. Rodrigo.)

Lo sé todo... todo!

RODRIGO.

¡Tú! (Á Nuño.)

NUÑO.

¡Le encontré!... ¡por Belcebú!

**RODRIGO.** (De la vida del traidor  
yo decidiré más tarde  
como cumpla á mi derecho.)

(D. Rodrigo se separa de Nuño y se acerca á Doña Violante; los dos, D. Juan y Laura, forman un grupo á la izquierda; siempre á la derecha Brígida, Mendo y Ramiro; Nuño solo en el centro.)

**NUÑO.** (Ap.) (Mientras dormís en el lecho,  
yo castigaré al cobarde.)

**RODRIGO.** (En voz alta dirigiéndose á Laura.)

Ya mi obligacion cumplí:

á noble esposo te doy,  
y libre quedo desde hoy  
de la palabra que dí.

Yo te amparé en tu orfandad  
con mi casa y con mi espada:  
mas ya cesa de Moncada  
la paterna autoridad.

(Dirigiéndose á D. Juan.)

La tomásteis por esposa  
violentando su deseo;

hoy vuestra esposa la veo;  
hacedla, conde, dichosa.

Porque tengo corazón,  
quiero á esa niña, y si cesa  
autoridad que me pesa,  
no cesa mi proteccion.

Una noche os ví asaltar  
mi palacio: no os maté  
cual debí, porque pensé  
más justo su honor salvar.

(Señalando á Laura.)

Quizá fuí con Laura duro;  
mas la traigo pura y bella:  
no me hagais volver por ella,  
porque entraré por el muro.

**JUAN.**

No há menester en rigor  
abrir al muro portillo,  
quien ya dentro del castillo  
es del castillo señor.

(Inclinándose cortesmente.)

- RODRIGO. Violante está fatigada.  
JUAN. Yo mismo os conduciré...  
RODRIGO. No permito...  
NUÑO. (Ap.) (Volveré!)  
RODRIGO. Adios, Laura.  
VIOL. (Ap. abrazando á Laura.) ¡Desdichada!  
(Doña Violante, D. Rodrigo y D. Juan se dirigen hácia la izquierda, primer término; Laura queda en el centro.)  
BRIGIDA. ¡Y nosotros? (Á Mendo)  
MENDO. (Señalando la puerta de la derecha)  
Por allí.  
JUAN. Pronto, Mendo, vé delante.  
RODRIGO. Albornoz... (Despidiéndose.)  
JUAN. Doña Violante... (Saludando.)  
BRIGIDA. Vamos, Ramiro.  
VIOL. (Ap.) ¡Ay de mí!  
(Salen por la izquierda, primer término, Doña Violante y D. Rodrigo y detrás Nuño, precedidos por Mendo, que al llamarle D. Juan se separó de Brígida y de Ramiro y tomó la luz que había sobre la mesa. Hasta la misma puerta los acompaña D. Juan, y en ella queda hasta que desaparecen. Laura en el centro; la escena iluminada tan sólo por la lámpara que pende de la bóveda. Brígida y Laura salen por la derecha al mismo tiempo que Doña Violante y D. Rodrigo.)

## ESCENA V.

LAURA, D. JUAN.

D. Juan en la puerta de la izquierda contemplando á Laura. Ésta en el centro sin mirarle. D. Juan se acerca lentamente.

JUAN. Laura, Laura, ¡compasion  
en esta implacable lucha;  
y aquí en el silencio escucha  
la voz de mi corazón!  
(Laura vuelve la cabeza y le mira un momento.)  
Pero hasta haberme escuchado

no fijas en mí los ojos,  
no me hables de tus enojos:  
recuerdos de lo pasado  
de tu espíritu destierra,  
y piensa que nunca fué  
amada cual yo te amé  
mujer alguna en la tierra!  
Yo sufro con tu dolor,  
yo maldigo mi egoismo;  
mi alma, Laura, es un abismo,  
pero un abismo de amor;  
¡tan grande, que ya de todo  
me siento por tí capaz!  
Vuelva la dicha á tu faz,  
y si acaso buscas modo  
y término á tu sufrir,  
pronuncie tu labio puro  
solo una vez «¡te amo!» y juro  
ante tus plantas morir.  
Una palabra de amor,  
una tan sólo, y despues  
libre por siempre te ves  
de este pobre soñador.  
Dime «¡te amo!» y caigo inerte:  
tan sólo una vez «¡te adoro!»  
¡no es para secar mi lloro;  
es para darme la muerte!

LAURA.

¡Vos morir! No por mi vida;  
muerte yo sola merezco;  
yo, conde, que os pertenezco,  
y tengo el alma rendida  
y rendido el corazon  
(escuchad bien) á otro hombre.  
Con que, don Juan, no os asombre  
si tras esta confesion  
necesaria, aunque cruel,  
castigo de vos imploro,  
por vuestro propio decoro,  
para la esposa infiel.  
¡No más!

JUAN.

LAURA.

Inútil porfia.  
Por ventura ¿he de engañaros?

¿No debo acaso mostraros  
tal cual es el alma mía?

JUAN. ¡Basta... basta... por piedad!

LAURA. Yo cumplo así mi deber.

JUAN. Calla, Laura.

LAURA. No ha de ser.

JUAN. ¡Me enloqueces!

LAURA. Escuchad.

(Pequeña pausa. Laura se acerca á D. Juan.)

Es mi eterna tentacion;

ante mí siempre le veo;

ya le finge mi deseo,

ya le evoca el corazon.

Y son mis esfuerzos vanos:

en vano mi honor se afana:

¿qué más! si áun esta mañana,

enlazadas nuestras manos,

(Cogiéndole una mano á D. Juan y acercándose más á él.)

postrados ante el altar,

teniendo á mi Dios delante,

¡ví su pálido semblante

en la sombra de un pilar!

(D. Juan se separa de ella no queriendo oirla: Laura le sigue con insistencia.)

No basta, no, que sujete

el rebelde pensamiento;

las sombras, la luz, el viento,

vida le dan. Un jinete

pensé que nos perseguía

al pasar el bosque há poco,

y era el pensamiento loco

que otra vez me lo fingía.

¿No veis el retrato allí (Señalando el retrato.)

de un jóven cuya mirada

está en nosotros clavada?

Pues cuando entramos aquí,

al muro la vista elevo,

algo á mi pesar buscando,

¡y allí estaba mi Fernando

(Señalando al retrato.)

en la imágen del mancebo!

(De nuevo se separa D. Juan; de nuevo le sigue Laura.)

¡Qué más, conde? (y observad á dó llega mi delirio)

pintábais vuestro martirio,  
de mí implorábais piedad  
hace poco suplicante;

yo alguna vez os miré  
¡oh, insensata! y encontré  
en vuestro propio semblante  
(¡se concibe tal locura!)

y en vuestra propia mirada  
¡de Fernando reflejada  
la varonil hermosura!

¡Por eso hasta el corazón  
alguna vez vuestro acento  
penetró; por eso siento  
por vos, conde, compasión!

JUAN.

¡Compasión hartó cruel!

LAURA.

Pero no; vana quimera:  
la verdad os debe entera;

¡mi compasión es por él!

¡Por él!... ¡que do quier contemplo!...

¡sobre las piedras del muro!...

¡en vuestro semblante duro!...

¡en el bosque!... ¡y en el templo!

JUAN.

¡Pues te falta verle... allí,

en la nada sumergido,

de donde sólo ha salido

para atormentarme á mí!

LAURA.

Y á la esposa, ¡qué escarmiento...

JUAN.

Ninguno... porque... ¡te adoro!

¡Ves?... ¡Me escarneces... y aún lloro!

(Con voz ahogada.)

LAURA.

Don Juan, llevadme á un convento.

(Con dulzura.)

¡Á un convento, por piedad!

JUAN.

¡Perderte!... ¡Vana porfía;

el mismo Dios te hizo mía

por toda una eternidad!

LAURA.

¡Nunca!

JUAN.

Me has visto gemir

y llorar y padecer;  
pero ¿sabes tú, mujer,  
que resistirme es morir?

LAURA. Eso quiero. (Acercándose á D. Juan.)

JUAN. Vete. No... (Alejándose de ella.)

Vete, Laura.

(Pausa. Laura, despues de contemplar algunos momentos al conde, se dirige lentamente á la puerta de la derecha. Nuño sale por la izquierda y avanza poco á poco manteniéndose en segundo término. Al llegar Laura á la puerta se vuelve á mirar al conde; éste la mira tambien, pero sin acercarse.)

¿Me amarás?

(Tendiendo hácia ella los brazos y con acento de súplica.)

LAURA. ¿Amaros, conde?... ¡Jamás! (Sale.)

JUAN. (Con violencia.) ¿Quién puede impedirlo?

(D. Juan se precipita hácia la puerta por donde salió Laura; al llegar á ella Nuño le cierra el paso.)

NUÑO

Yo.

## ESCENA VI.

D. JUAN, NUÑO.

JUAN. Déjeme paso el villano.

NUÑO. ¿No me conocéis?

JUAN. No á fe.

NUÑO. Pues yo, buen conde, pensé  
que quien partió por su mano,  
armada de duro acero,  
de un asalto en la ocasion,  
y en este mismo salon,  
la frente del escudero,  
al ver esta roja y ancha  
cicatriz, recordaría  
aquella deuda, y querría  
dar al hidalgo revancha.

(D. Juan le oye desde el principio con atencion.  
y ambos se adelantan hasta colocarse en primer término.)

- JUAN. ¡Aquel?...
- (Con extrañeza y curiosidad y como procurando recordar.)
- NUÑO. Cabal.
- JUAN. ¿Eres tú?
- NUÑO. Preguntad á ese mancebo,  
(Señalando el retrato.)  
y á esta cicatriz que llevo  
veinte años ¡por Belcebú!
- JUAN. (Con desprecio.)  
Y ¿qué pretendes? ¿matarme?
- NUÑO. Ya os lo dije.
- JUAN. Estás demente.  
Vete á descansar.
- NUÑO. Prudente  
será, don Juan, escucharme.
- JUAN. (Saca la espada con su vaina del cinto y la coloca  
loca en el trofeo.)  
Si ésta tu sangre vertió,  
fué en lucha franca y leal.
- NUÑO. Pues en otra lucha igual  
vuestra sangre busco yo.
- JUAN. ¡Vive el cielo que si salgo  
del torreón á la esplanada!...
- NUÑO. Será mi dicha colmada.
- JUAN. ¿Tanto me aborreces?  
(Acercándose á él con nueva curiosidad.)
- NUÑO. Algo.
- JUAN. Yo no desciendo hasta ti.
- NUÑO. Hidalgo soy, buen Orgaz,  
y está diciendo mi faz  
(Señalando la cicatriz.)  
que vos pusisteis en mí,  
y donde jamás se esconde,  
y es de nobleza destello  
de vuestras armas el sello:  
¡con qué iguales somos, conde!
- JUAN. ¿Y cómo te llamas?
- NUÑO. Nuño.
- JUAN. ¿Qué más?
- NUÑO. Peralta despues.
- JUAN. ¿Escudero?

NUÑO.

Del Marqués.

JUAN.

¿Hidalgo?

NUÑO.

De viejo cuño.

JUAN.

Pues bien, Nuño de Peralta,  
nobilísimo escudero,  
á este humilde caballero  
ya la paciencia le falta;  
y aunque tus timbres se enojen,  
si no me dejas pasar,  
mis hombres voy á llamar,  
y á ordenarles que te arrojen  
por el muro (que gran maña  
tienen para esto mis gentes)  
pues con ánimo te sientes  
para salir á campaña.

NUÑO.

Si aquí no me detuviera  
la precisa obligacion  
de dar castigo á un felon,  
por verme bien pronto fuera  
de este castillo, en que es llauo  
á un noble de tal valer (Señalándole.)  
deshonrar á una mujer  
y temblar ante un anciano,  
no desde el muro, señor,  
desde la torre más alta  
saltára Nuño Peralta  
de buen grado y sin temor.

JUAN.

¿Qué estás diciendo? (Acercándose.)

NUÑO.

¿Entendeis,

por fin, conde, que interesa  
al honor de la marquesa  
que al escudero escuchéis?

JUAN.

Habla claro y diligente:  
el de Orgaz te está escuchando;  
y por Dios que va pensando  
que tal vez será prudente,  
por evitar un deslíz  
de tu lengua deslenguada,  
que renueve con su espada  
esa vieja cicatriz.

NUÑO.

¿Habeis de opinion cambiado?

JUAN.

Habla, y pronto.

NUÑO.

Sí hablaré.

JUAN.

¿De aquella escena?...

NUÑO.

Guardé

aunque en mi sangre anegado,  
aunque hendida la cabeza,  
siempre un recuerdo punzante,  
y *la carta* de Violante  
trocó mi duda en certeza.

JUAN.

¿Tú tienes la carta? (Con nueva sorpresa.)

NUÑO.

Sí.

(D. Juan hace un movimiento para acercarse á Nuño: éste le mira irónicamente.)

Pero en sitio bien seguro.

Si os doy la muerte, yo juro,  
pues que vengar conseguí  
la deshonra de mi dueño,  
la carta al punto rasgar,  
y vuestra infamia olvidar  
como se olvida un mal sueño.

Mas si reñir no os agrada,  
al marqués la carta doy,  
que há mucho tiempo que soy  
escudero de Moncada,  
y mi señor don Rodrigo  
no ha de vivir deshonrado  
por ella, por mí engañado,  
y el burlador sin castigo.

Y como este viejo ignora

(Golpeándose en el pecho.)

lo que es una felonía,  
y busca la luz del día,  
esto que os repito ahora,  
esto á la marquesa dije  
y á don Fernando en su lecho.

Con que ensanchad vuestro pecho,  
y ved si por fin elige  
ponerse de mí delante,  
pero sin más dilacion,  
á la vuelta del torreón,  
ó dar la muerte á Violante.  
Escoged pronto, don Juan,  
ó hago avisar al marqués.

(Acercándose con ánimo decidido á la puerta de la derecha.)

JUAN. ¡Calla, insensato!... ¡Después!

NUÑO. ¡Ramiro!

(Llamando á dicha puerta de la derecha.)

¡Voto á Satan!

JUAN. ¡Ramiro!

NUÑO. (Con ira.) ¿Quieres morir?

JUAN. Nos espera la esplanada:  
NUÑO. al fin está despejada  
la luna. Podemos ir.

JUAN. Ahora no, Nuño. Más tarde.

NUÑO. (Llamando aún en voz alta.)

¡Ramiro!

JUAN. ¡Por vida mía!...

NUÑO. ¿Cómo!

(Acercándose mucho á D. Juan y mirándole fijamente.)

¿Dudáis todavía!

(Con profundo desprecio.)

¿Os habreis vuelto cobarde?

JUAN. (Le coge con violencia por un brazo y le contempla algunos momentos.)

¡Vamos!...

(Se precipita al trofeo de la derecha y toma la espada que en él dejó; mas con tal ira y al apresuramiento, que deja caer algunas de las armas al suelo. Desnuda la espada, arroja la vaina, se acerca á Nuño, le coge por un brazo y le habla con voz reconcentrada y terrible. Á pesar de estas indicaciones, el actor interpretará la escena precedente como juzgue oportuno.)

Y al sentir hundido

en la garganta este acero,  
recuerde el necio escudero  
que él tan sólo lo ha querido.

(Se dirigen D. Juan y Nuño hácia la puerta de la izquierda, segundo término, pero ántes de salir aparece Ramiro en la puerta de la derecha, y en ella se detiene vacilante como si no pudiera desprenderse de las sombras del sueño. Al fin D. Juan y Nuño salen con las espadas desnudas.)

ESCENA VII.

RAMIRO.

Una vez y dos y tres  
á voces han pronunciado  
mi nombre...

(Acercándose á la puerta por donde salieron Don Juan y Nuño y mirando con extrañeza.)

Pero ¿qué veo?...

Ó el sueño rinde mis párpados  
y en el aire finge seres  
con las sombras del espacio,  
ó por aquel corredor  
marchan, la espada en la mano,  
dos hombres... ¿Será tal vez  
ilusion?... ¿Contornos vagos  
van perdiéndose á lo léjos!...

¡Pajecillo fascinado  
por los ruidos de la noche  
y la inquietud del cansancio,  
abre los ojos y mira!  
¡Despierta, no estés soñando!

(Pausa. Mira á todas partes con afan; escucha á las puertas, se acerca al corredor, despues á la ventana. Luégo viene al primer término.)

Nada... nada... todos duermen.

Tiende la noche su manto  
sobre los viejos torreones.  
del castillo solitario.

Calma y silencio do quier.  
Sólo á lo léjos el paso  
del centinela se escucha,  
ó el viento allá entre los álamos,  
ó alguna piedra que rueda  
por la barbacana abajo.

ESCENA VIII.

LAURA, RAMIRO.

Sale Laura por la derecha, segundo término, vestida de blanco, andando con precaucion y hablando en voz muy baja.

LAURA. ¡Ramiro!... ¡Ramiro!... (Llamándole.)

RAMIRO. ¡Vos?...

¡Vos, señora?...

LAURA. ¿Has escuchado

hace poco en esta sala  
voces... y gritos extraños...  
ruido de armas al caer  
del suelo en el duro mármol?...

¿Ó eras por ventura tú?

RAMIRO. No en verdad: yo descansando  
de las fatigas del viaje  
me hallaba, y he despertado  
porque tres veces «¡Ramiro!»  
con ronco acento gritaron.  
Llegué al salon...

LAURA. Y ¿qué viste?

RAMIRO. Yo no sé si ví bien claro...

LAURA. ¿Qué pensaste ver? ¡Concluye!

RAMIRO. Dos hombres que espada en mano  
caminaban á la par  
del corredor á lo largo.

LAURA. ¡Dos hombres?... ¿Quiénes? (Atarmada.)

RAMIRO. No sé!

LAURA. Nadie al castillo ha llegado:  
¿No es cierto?... Dí... Las cadenas  
del puente no rechinaron.

RAMIRO. Lo ignoro: há rato dormía.

LAURA. Yo no he dormido: he llorado...  
y nadie vino.

RAMIRO. ¿Quién sabe?

Uno de los dos... No trato  
de alarmaros; pero creo  
que era don Juan.

LAURA. ¿Y Fernando

el otro? (Con angustia.)

RAMIRO.

No sé.

LAURA.

Imposible.

¡El cielo no es tan tirano!

¡Son demasiadas angustias

para un dia! ¡Está colmado

el sufrimiento!... Mas no...

(Mirando á la ventana.)

¡amanece!... está más claro!

(Entiéndase que esto es ilusion de Laura; no amanece, pero ha salido al fin la luna y las tres ventanas y el fondo están iluminadas por el resplandor del astro.)

¡ya no es un dia... ya es otro!

Vete... vete... te lo mando...

RAMIRO.

Pero ¡á dónde?

LAURA.

¡Á todas partes!...

Del corredor á lo largo

busca á esos hombres... pregunta...

¡pregunta por mi Fernando!

RAMIRO.

Doña Laura...

LAURA.

¿Tienes miedo!

Iré yo.

RAMIRO.

Nunca he temblado;

y pues lo quereis, señora,

hombres, fantasmas, ó diablos,

tras ellos he de correr

sin reposo hasta encontrarlos.

(Sale Ramiro por la puerta del corredor; es decir, por la izquierda, segundo término.)

## ESCENA IX.

LAURA, despues FERNANDO.

LAURA.

En vano quise olvidar;

en vano cerré mis párpados:

siempre ante mí se presenta

la imágen del sér amado.

(Fijando la vista en el retrato de D. Juan.)

¡Otra vez él!... De las llamas

(Señalando á la chimenea.)

al llegar sobre el retrato  
el rojizo resplandor,  
en ese jóven gallardo  
me hace ver... No hay duda... sí...  
su mirar... su rostro pálido...

(Laura queda vuelta de espaldas á la ventana y mirando como fascinada el retrato de D. Juan. Don Fernando, vestido de negro, aparece en la ventana del fondo trepando hasta subirse en ella: en consiguiéndolo, queda en pié, sobre el antepecho de la ventana del centro, agarrado á una de las columnillas con una mano, dominando la escena, un poco inclinado hácia el exterior de la torre, con la cabeza descubierta, encerrado, por decirlo así, en el marco de la ventana como lo está el retrato de Don Juan en su propio marco, y destacándose sobre el fondo claro del paisaje. Pronuncia los versos siguientes sin saltar al suelo.)

FERN.

Ya del abismo salí  
sobre vosotros trepando,  
los que la torre guardais,  
dragones, grifos y endriagos,  
y escalas del aire fueron  
vuestras melenas y garfios.  
¡Monstruos de piedra, que al muro  
para rechazar mi asalto  
brotábais de entre las sombras,  
vencidos quedad abajo,  
con las fauces de granito  
abiertas al negro espacio!  
¡Al fin dentro del castillo!

(Saltando al suelo desde el antepecho de la ventana. Laura se vuelve y se reconocen.)

LAURA.

¿Quién?...

FERN.

¡Mi Laura!

LAURA.

¡Mi Fernando!

(Precipitándose uno hácia otro con amoroso transporte.)

¿Es ilusion del deseo?

FERN.

¡Al fin, Laura, estoy aquí!...

LAURA.

¿Eras el del bosque?

FERN.

Sí.

LAURA. (Se abrazan de nuevo apasionadamente.)  
¡Al fin, Fernando, te veo!...  
¡Me juraban que morías!...  
ir á tí no me dejaron...  
hasta el altar me arrastraron...  
te llamaba y no venías!

FERN. Lazos de fuego me ataban  
en un lecho de dolor...  
¡preguntaba por mi amor  
y jamás me contestaban!  
Pero esta mañana huí...  
en un templo te miré  
hacer traicion á mi fe...  
en un bosque te seguí...  
un castillo negro y alto,  
por entre monstruos de piedra,  
y agarrándome á la hiedra,  
tomé despues por asalto...  
¡Y al fin ya estoy junto á tí...  
Eres, mi Laura, mi bien...  
Mis ojos al fin te ven!...  
y ahora ¡que vengan aquí!  
¡que vengan en su demencia  
á arrancarte de mis brazos,  
y verán los tórpes lazos,  
que empezó por la violencia  
y acabó por la traicion  
ese conde infame y vil,  
rotos en pedazos mil  
al golpe del corazon!

LAURA. ¡Silencio por Dios, Fernando:  
puede venir el de Orgaz!

FERN. Yo nunca escondo mi faz;  
al de Orgaz vengo buscando.

(Alejándose de ella.)

¡Yo robar á tu pureza,  
mujer, en noche callada,  
una criminal mirada!  
¡Yo en tu divina belleza,  
como ladron que se esconde  
el bien ajeno al hurtar,  
mis viles ojos saciar

á escondidas de ese conde!

¡Si tal creyera de tí,  
si yo tal cosa pensára,  
por liviana te matára  
y por miserable á mí!  
¡Á todos llama!

LAURA. ¡Dios mio!

FERN. ¡Á todos!

LAURA. (En tono de súplica.) ¡No puede ser!

FERN. ¡Pues bien, yo!...

LAURA. ¡Qué vas á hacer?

¡Silencio... silencio, impío!

¡Madre!...

(Acercándose á la puerta de la izquierda, primer término y llamando en voz baja.)

No temas, Fernando;

¡madre!... no temas, vendrá.

La pobre no dormirá;  
que bien sé yo que llorando  
esta noche de agonía  
pasó junto al triste lecho.

VIOL. Laura... (Apareciendo en la puerta.)

LAURA. ¡Se rasga mi pecho!...

¡Él!... (Acercándose á Doña Violante y extendiendo el brazo hácia Fernando.)

VIOL. ¡Fernando!

FERN. ¡Madre mia!

## ESCENA X.

DOÑA VIOLANTE, LAURA, FERNANDO.

VIOL. ¿Tú aquí!... ¡lo estoy viendo y dudo!  
¿qué buscas?

FERN. (Señalando á Laura.) Busco mi bien;  
y si es preciso, también  
vengo á servirte de escudo.

VIOL. ¡Templa por Dios tu irritada  
delirante fantasía!

LAURA. ¡Fernando!

FERN. No, Laura mia.

VIOL. ¡Fernando!

*Fern*

No, madre amada.

De esta cárcel de dolor  
saldréis las dos á la vez;  
¡tú, el ángel de mi niñez! (Á Violante.)  
¡y tú, el ángel de mi amor! (Á Laura.)  
Vereis mi espada sangrienta;  
caerá rechinando el puente;  
pasarás alta la frente, (Á Laura.)  
y tú vengada la afrenta. (Á Violante.)  
¡Huye!

LAURA.

VIOL.

FERN.

VIOL.

FERN.

VIOL.

FERN.

VIOL.

FERN.

LAURA.

VIOL.

¡Vete!

(Á Violante.) Ten confianza  
en la altivez de mi pecho.

Yo sola tengo derecho  
para pedirte venganza. (Con energía.)

¡Y me rechazais las dos!

¡Si venganza no te pido  
es que Dios no lo ha querido!

¡Vete, Fernando, por Dios!

¡De tu pobre madre anega  
los ojos amargo llanto!

¡Ella que te quiere tanto  
en vano á tus plantas ruega!

Madre... madre...

¡Compasion!

¡Pero álguien viene!...

(Volviéndose alarmada hácia la izquierda y explorando con la vista el corredor.)

¡Qué miro?...

¡Quién es?

¡Mi paje!

¡Ramiro!

## ESCENA XI.

DOÑA VIOLANTE, LAURA, FERNANDO, RAMIRO.

Ramiro entra precipitadamente por la izquierda, segundo término; viene pálido, descompuesto, volviendo atrás la vista y con un puñal de hoja muy ancha en la mano; el mismo que limpiaba Nuño en la escena primera del primer acto.

Todos le rodean con interés.

RAMIRO. ¡Socorro!... ¡Tras el torreón ..

(Con voz interrumpida.)  
al terminar la esplanada ..  
con un acero hasta el puño  
en el pecho... muere Nuño!  
¡Muere Nuño!...

FERN.

RAMIRO.

¡Aunque empañada...  
ya su voz por la agonía ..  
una, y dos veces, y tres...  
preguntó por el marques;  
dijo que verle quería...  
Negra pluma del sombrero  
rompe con mano convulsa:  
moja en la sangre que impulsa  
la herida; sobre este acero  
escribe, que en el puñal  
enmohecido la roja  
tinta bien prende; me arroja  
la carta al fin de metal  
vedándome que la lea,  
y aunque algo más murmuraba,  
comprendí que deseaba  
que don Rodrigo la vea.

¡Dónde está el marqués?... ¡Señor!...

¡Don Rodrigo!... (Llamando.)

FERN.

VIOL.

(Pidiéndolo.) ¡Ese puñal...

¡Qué dirá?

(Á Fernando con angustia y en voz baja.)

RAMIRO.

¡Noche fatal!

(Fernando le quita el puñal á Ramiro, y él y su madre buscan luz para leer lo que en el puñal está escrito.)

VIOL.

De esa luz al resplandor...

(Señalando la lámpara que pende de la bóveda.)

RAMIRO.

Salida hácia la esplanada

hay de este lado...

FERN.

¡Más luz!

(Él y su madre procuran leer al pie de la lámpara.)

RAMIRO.

¡Don Rodrigo!

(Sale por la izquierda primer término.)

ESCENA XII.

DOÑA VIOLANTE, LAURA, FERNANDO.

FERN. ¡Por la cruz!

«¡En el puño de la espada?»

(Leyendo lo que dice en el puñal.)

¡Con sangre así escribió Nuño!

VIOL. ¡Se confunde mi razon!

FERN. ¡Tu carta de perdicion! (Á Violante.)

de la espada está en el puño!

VIOL. ¡Qué estás diciendo?

FERN. ¡Infeliz,

recuerda aquella velada:

acuérdate de Moncada

y de la hermosa Beatriz! (Pausa.)

VIOL. (Como hablando para sí con expresion de profundo terror.)

¡Ramiro hasta el moribundo

va á conducir á mi esposo!...

¡Nuño hablará!... ¡Dios piadoso,

en qué abismo tan profundo

la fatalidad me arroja!...

(Retrocediendo hácia la mesa como si huyese de alguien.)

LAURA. ¡Madre!

FERN. ¡Mi madre!

VIOL. ¡No puedo!...

¡No puedo más!... ¡Tengo miedo!...

(Se abraza á su hijo con angustia y demuestra en todo el profundo terror que la domina. La actriz sin embargo interpretará este momento como crea oportuno.)

¡Aparta de mí esa hoja!

(Fernando arroja sobre la mesa el puñal y sostiene á su madre, que cae en sus brazos desfallecida: él y Laura la consuelan, formando los tres un grupo estrechamente unido.)

ESCENA XIII.

DOÑA VIOLANTE, LAURA, FERNANDO, D. JUAN.

Este último entra por la izquierda, segundo término.

- JUAN. Él se empeñó: no hablará:  
lleva el secreto consigo.  
(Deteniéndose y mirando el grupo que forman  
Violante, Laura y Fernando.)  
¡Un hombre allí!... ¡Don Rodrigo  
el lecho abandona ya!  
(Se acerca D. Juan, se vuelve D. Fernando y se  
reconocen. Doña Violante y Laura rodean á Fer-  
nando como dispuestas á contenerle.)  
¡Don Juan!
- FERN. ¡Fernando!
- JUAN. ¡Fernando!
- VIOL. ¡Fernando!
- JUAN. ¡Junto á mi Laura al mirarte,  
ánxia inmensa de matarte  
de mí se va apoderando!
- FERN. Pues sacía tus ánexas, conde:  
mata si puedes.
- VIOL. (Á Fernando.) ¡Impío!
- JUAN. ¡Hace alardes de bravío,  
y entre mujeres se esconde!
- FERN. (Con terrible desprecio.)  
¡Esconderme!... ¡Desdichado!
- LAURA. ¡Fernando!... (Conteniéndole.)
- VIOL. ¡Fernando!
- FERN. Madre,  
cuando aquí venga mi padre  
ha de hallar su honor vengado.  
Quizá templen su crueldad  
del infame los despojos.  
(Señalando á D. Juan.)
- VIOL. (Alzando las manos al cielo.)  
¡Dónde acaban tus enojos  
y comienza tu piedad?
- JUAN. ¡Quién te trajo? (Á Fernando.)
- FERN. ¡Belcebú,

JUAN. que él tambien te trajo á tí!  
Y ¿cómo llegaste aquí?  
FERN. ¡Por asalto, como tú!  
JUAN. Pues de una vez acabemos,  
que es nuestro odio muy profundo,  
y ya juntos en el mundo  
no cabemos.

FERN. No cabemos.

JUAN. Yo pude dichoso ser  
si tú no hubieras nacido,  
que por tí sólo he perdido  
mi dicha en esa mujer.  
Al acercarme á su amor  
siempre tú te interpusiste,  
y siempre, insensato, fuiste  
mi castigo y mi dolor,  
cual si quisieran los hados  
para atormentarme así  
hacer un engendro en tí  
de mis culpas y pecados.  
¡Basta ya! ¡basta, Moncada!...  
¡quiero calma y busco paz,  
y á morir vas en Orgaz  
por el hierro de mi espada!

(Desnuda el acero.)

FERN. Si mucho me odias á mí,  
el odio que por tí siento  
ni cabe en el pensamiento,  
ni casi me cabe aquí.

(Golpeándose el pecho.)

Contempla estas dos mujeres  
que me estrechan en sus brazos.

De aquestos divinos lazos,  
de aquestos divinos seres,  
sin motivo y sin razon,  
piensa, don Juan, lo que has hecho...

(Desprendiéndose en un arranque de ira de Violante y de Laura y desnudando el acero.)

¡y cubre, don Juan, tu pecho,  
porque voy al corazon!

VIOL. No, Fernando!... (Sujetándole de nuevo.)

FERN.

¡Madre mia!...

- ¡suelta!...
- VIOL. ¡Imposible, Fernando.  
(Abrazándose á él desesperada.)
- LAURA. ¡Por mí!
- VIOL. ¡Te ruego... abrazando  
tus rodillas!...
- FERN. ¡Qué porfía!  
(Se desprende de Violante y de Laura y cae sobre  
D. Juan con ímpetu terrible: las espadas se cruzan  
y comienza el combate.)
- JUAN. ¡Al fin!...  
(Al cruzar su hierro con el de Fernando.)
- LAURA. ¡Madre!
- VIOL. ¡Por piedad!
- ¡no más!... ¡no más!
- LAURA. (Á D. Juan.) ¡Asesino!
- VIOL. ¡Lo quiere el cielo divino!...  
¡cúmplase su voluntad!  
(Se precipita entre los combatientes y sujeta el  
brazo á Fernando: D. Juan baja su espada al ve  
que su adversario no puede defenderse.)  
(Á Fernando.) ¡Deten el hierro homicida!...  
¡Pára el brazo!... ¡Caiga inerte!...  
¡Tú no puedes dar la muerte  
á quien te ha dado la vida!!
- FERN. ¡¡Él?... (Dando un paso hácia atrás y dejando  
caer el hierro.)
- JUAN. ¡¡Qué dice?
- FERN. (Con voz ahogada.) ¡Por favor!...  
¡Yo no he comprendido, madre!...
- JUAN. ¡¡Él es?...
- VIOL. ¡Tu hijo!...
- FERN. (Señalando á D. Juan.) ¡¡Mi padre!...  
(Se alejan uno de otro horrorizados: D. Juan se  
cubre el rostro con las manos: Fernando queda in-  
móvil como petrificado por la terrible revelacion.)
- VIOL. ¡Lo quiso vuestro furor!  
(Pausa. Quedan todos inmóviles, silenciosos, ano-  
nadados. Á pesar de las anteriores indicaciones,  
los actores interpretarán esta escena como crean  
oportuno.)

ESCENA XIV.

DOÑA VIOLANTE, LAURA, FERNANDO, D. JUAN, DON  
RODRIGO. Éste último por la puerta del corredor.

RODRIGO. (Enjugándose una lágrima y con voz conmovida.)  
¡Pobre Nuño!... Los impíos  
muerte le dieron.

(Fijando le vista en los demas personajes.)

¿Qué es esto?

(Pausa. Despues se dirige á D. Juan.)

Vuestro castillo es funesto  
sin duda para los míos.

En este castillo fué  
donde amenazó la vida  
de mi Violante querida  
un traidor que nunca hallé.

Allí, sobre la esplanada  
y á la espalda del torreón,  
traspasado el corazón

por el hierro de una espada  
murió Nuño... mi escudero.

Corro á buscaros, y cuando  
os encuentro, á mi Fernando  
amenaza vuestro acero.

¡Mucho mi sangre os enoja!...

El pobre Nuño murió...

mas Ramiro me advirtió  
que de un puñal en la hoja  
algo con sangre hay escrito.

¿Dónde está ese hierro?

(Busca con la mirada por todas partes: los demas  
personajes, saliendo de su estupor, siguen con la  
vista á D. Rodrigo. Al fin éste divisa el puñal so-  
bre la mesa.)

¡Allí!...

¡allí lo veo!... (Señalando.)

(Se dirige hácia la mesa: movimiento de terror en  
los demas personajes.)

VIOL.

¡Ay de mí!

(Volviéndose hácia Fernando é implorando su pro-

teccion.)  
FERN. (Fernando se precipita y coge el puñal en el instante mismo en que D. Rodrigo extiende la mano hácia él.)  
(Ap.) (¡Jamás!...)  
(En voz alta y cogiendo el puñal.)

No.

(Fernando y D. Rodrigo quedan cerca de la mesa mirándose fijamente, aquel con el puñal en la mano, éste extendiendo el brazo para cogerlo. Los demás personajes se acercan con ansiedad: Doña Violante al lado de su hijo: D. Juan al lado de D. Rodrigo: Laura al lado de Doña Violante.)

RODRIGO. ¡Lo necesito!  
VIOL. (Ap.) (¡Hijo!...)  
RODRIGO. ¡Mi sangre se inflama!

(Procurando coger el puñal.)  
FERN. ¡No ha de ser! (Resistiendo.)

RODRIGO. ¡Yo te lo mando!

FERN. ¡No ha de ser!

RODRIGO. ¡Basta, Fernando!

FERN. (Ap. con acento terrible.)  
(¡El abismo me reclama!)

(Fernando se halla entre D. Rodrigo, que le sujeta el brazo para coger el puñal, y Doña Violante: D. Juan y Laura en las posiciones indicadas. En los movimientos de D. Rodrigo para apoderarse del puñal y de Fernando para impedirlo, ambos personajes y los que los rodean se habrán separado de la mesa acercándose al centro del escenario.)

VIOL. (Al oído de su hijo con suprema angustia.)  
(¡No puedes borrarlo!... ¡no!...  
¡te observa!)

RODRIGO. ¡Aunque no te cuadre!

(Haciendo un esfuerzo para coger el puñal.)

FERN. (Acercándose á su madre y con acento trágico.)  
¡¡Cómo no borrarlo, madre,  
mientras tenga sangre yo!!

(Se desprende violentamente de todos, se hunde el puñal en el pecho y cae: todos le rodean: el puñal debe quedar en la herida hasta el final del drama.)

VIOL. ¡¡Hijo!!...

LAURA. }  
JUAN. } ¡Fernando!...

RODRIGO. }

RODRIGO.

¿Qué has hecho?

FERN.

(Á D. Rodrigo, con afán.)

¡Perdon!... ¡Vivir no podía  
sin la dulce prenda mia!

(¡Aquí, dentro de mi pecho!

(Volviéndose hácia su madre y en voz baja.)

queda el secreto guardado!)

RODRIGO. ¡Y tú morir!... ¡No!... ¡Socorro!...

(Levantándose y andando de un lado á otro.)

¡Ah de mis gentes!... ¡Yo corro

á buscarlas!... ¡Desdichado! (Sale vacilante.)

### ESCENA XV.

DOÑA VIOLANTE, LAURA, FERNANDO, D. JUAN.

VIOL. ¿Qué dice? ¡morir!...

FERN.

Mi muerte,

madre, borra tu deshonra.

VIOL.

¡Qué me importan vida y honra,  
hijo, si llego á perderte!

FERN.

(Á D. Juan, con voz ahogada.)

Por la violencia me diste  
vida que yo no quería,

tal vez porque presentía  
que era la vida muy triste.

Me engendraste por sorpresa,  
me engendraste sin amor,

y pues comprendo, señor,  
por tu angustia que te pesa,

me apresuro á devolverte  
tu sangre... ¡padre del alma!

y voy á buscar la calma  
en los brazos de la muerte.

¡Para tí... mi corazón!

(Abrazando á su madre.)

¡Oye... para tí... el convento!

(Atrayendo así á Laura y en voz baja.)

¡Para ese... el remordimiento!...

(Extendiendo el brazo hacia D. Juan; se detiene, parece luchar consigo mismo, y al fin le abre llorando los brazos en un último y supremo arranque.)  
¡No, padre... no... mi perdon!

JUAN.

¡Fernando... Fernando...

(Cayendo de rodillas ante él.)

FERN.

¡Ved!...

¡Don Rodrigo viene allí!

¡Léjos, muy léjos de mí!...

(Rechazándole dulcemente.)

¡Vuestra afliccion... contened!

## ESCENA XVI.

DOÑA VIOLANTE, LAURA, FERNANDO, D. JUAN, D. RODRIGO, RAMIRO, MENDO, ORDOÑO.

Los tres últimos con luces; la escena hasta este momento habrá estado iluminada tan sólo por la lámpara que pende de la bóveda.

FERN. (Incorporándose penosamente y llamando por señas á D. Rodrigo, ya con el estertor de la muerte.)  
¡Un favor... en... mi... agonía!

RODRIGO. (Corre á él sollozando y le abraza cariñosamente.)  
¡Yo concedértelo juro!

FERN. Quisiera... ese acero... puro...  
llevar... á la tumba... fria...

(D. Rodrigo saca la espada y se la entrega. Fernando se apodera de ella ansiosamente; despues, ya espirando, se vuelve hacia su madre y la habla en voz baja.)

¡¡Ya está... tu honra... asegurada...  
del sepulcro... en el arcano...  
que siempre tendré... mi mano...

EN EL PUÑO DE LA ESPADA!!

(Oprime convulsivamente el puño de la espada: la aprieta contra su pecho y muere. Todos le rodean llorando: D. Juan cae de rodillas, ocultándose el rostro entre las manos.)

FIN DEL DRAMA.